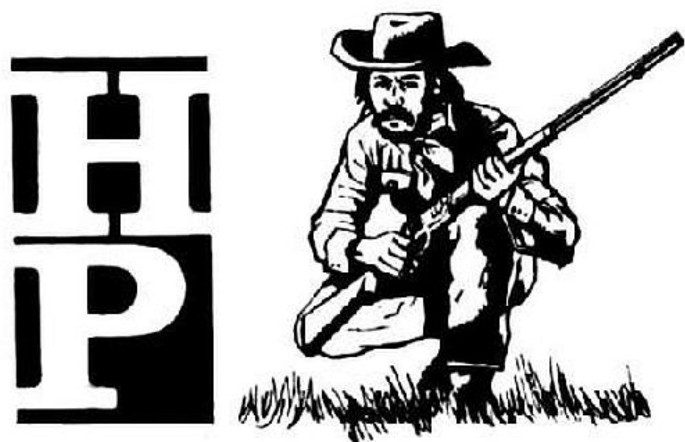


SILVER KANE





EL ULTIMO PISTOLERO DE WEMBLEY



HEROES DE LA PRADERA



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.319 — El sheriff y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.495 — Dadle caviar al tigre.

En Colección SALVAJE TEXAS:
736 — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:
665 — Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:
1.014 — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:
502 — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:
637 — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:
751 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:
886 — Un hotel en el infierno.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
487 — El buscón.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
76 — Mariposas negras.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:
15 — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección BRAVO OESTE:
957 — El baile de los difuntos.

En Colección LA HUELLA:
80 — Manchas de sangre en los ojos.



Silver Kane

EL ULTIMO PISTOLERO DE WEMBLEY

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 489
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 9.707 — 1979

Impreso en España — Printed in Spain
2.ª edición: mayo, 1979

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

El tren, impulsado por la traqueteante máquina de vapor, rodaba a toda velocidad por las interminables llanuras de Kansas.

La velocidad de crucero era de unos cincuenta kilómetros por hora, o sea superior a la que podía alcanzar un caballo al galope. Ello había eliminado el que los trenes pudieran ser asaltados por los bandidos en plena marcha. El ferrocarril se estaba convirtiendo en uno de los medios de transporte más seguros, por lo menos en las regiones lisas como el estado de Kansas.

Eso hacía que los vagones fueran casi llenos. Había uno de primera, dos de segunda y dos de tercera. Sobre todo estos últimos se habían ido abarrotando en las estaciones intermedias.

Cow-boys
que viajaban cargados con sus sillas, pequeños rancheros que iban a hacer sus compras de un sitio a otro, tahúres de poca monta, individuos inclasificables…

Pero sólo dos personas —dos mujeres— llamaban de verdad la atención en aquel modesto vagón de tercera. Las dos eran jóvenes y endiabladamente bonitas. De no ser por una cierta rigidez de sus posturas y porque no habían dicho una palabra en todo el viaje, hubieran resultado casi irresistibles. Parecía difícil encontrar en un tren —donde apenas viajaban mujeres—, unas chicas tan suculentas como aquéllas.

Iban vestidas de un modo casi igual.

Y se habían puesto una manta de viaje sobre las rodillas.

Lástima, porque así no se les veían las piernas, que debían ser de lo mejorcito de sus cuerpos.

Claro que hacía frío. Casi todo el mundo iba abrigado. Soplaba un viento del norte, un viento de Dakota que parecía traer incluso

copos de nieve.

De todos modos, los hombres pasaban una y otra vez delante de las dos chicas con la esperanza de que la condenada manta resbalase y cayera hasta el suelo.

Algunos de ellos habían intentado entablar conversación, pero ninguna de las dos respondía.

Incluso las chicas tenían las manos bajo la manta, como si no quisieran ni enseñarlas.

Pararon en una pequeña estación en la cual subieron unos cuantos indios con mantas multicolores. El jefe del tren gritó con voz potente: Richmooooond…

Alumbrado por un farol de petróleo, el cartel se veía casi completamente descolorido: Richmond. Aquello significaba que estaban aproximadamente a mitad de camino, en una de las zonas más desérticas de Kansas.

Cuando el tren ya arrancaba, un hombre subió colgándose casi del pescante del último vagón. No había perdido el tren por cuestión de segundos.

Cuando se vio en el interior, lanzó un suspiro de alivio.

Era un tipo joven y muy bien vestido, tanto que no encajaba bien en aquel ambiente del vagón de tercera. Claro que tampoco encajaban las dos chicas, y por eso llamaban la atención a todo el mundo.

El hombre se aproximó a ellas.

Parecía tener deseos de iniciar conversación, a pesar de la mirada helada que le dirigieron.

—Veo que no hay sitio —dijo sonriendo—. Esto está muy lleno.

La mujer de la derecha apenas susurró:

—Hum…

—Aunque veo que me he equivocado de vagón. Yo llevo billete de primera clase.

—Pues váyase a primera.

—Tiene razón. Es que he tenido que colgarme del último vagón cuando salía. Por poco pierdo el tren, y no hay otro hasta pasado mañana.

Ninguna de las dos mujeres se dignó ni contestar.

—¿Saben qué me han dicho? —murmuró el nuevo viajero, siempre en pie junto a ellas—. Pues que ha llovido torrencialmente

más al oeste, y que puede que el suelo esté removido.

No le contestaron.

—¿Eso no les impresiona?

—No.

—¿Se dan cuenta de que también podrían estar removidas las vías y por tanto haber un descarrilamiento?

—Bueno, ¿y qué?

—¿Por qué no vienen a primera conmigo? Están incómodas aquí. Yo les pagaría con mucho gusto la diferencia en el precio.

Una de las dos mujeres, la que estaba más cerca de la ventanilla, le dirigió una mirada relampagueante.

—¿Cómo se llama usted, señor? —susurró.

—Me llamo Prince.

—Muy bien, señor Prince; entonces lárguese a su vagón y con la gente de su clase. Es un consejo.

Y bajó un poco la manta.

Sólo un poco, para que él pudiera ver las manos de las dos mujeres.

En la izquierda de la que había hablado descansaba una estrella donde podía leerse:

Penal femenino de Oklahoma.

La otra mano, la derecha, iba sujeta por medio de una argolla a la muñeca izquierda de la segunda mujer.

Ésta tenía la mirada perdida en el vacío.

Ahora se notaba que era la más joven de las dos.

Y se veía que sus ropas eran mucho más humildes.

Prince murmuró:

—Ah, diablos…

—Váyase.

—Perdonen, pero ¿qué es esto? ¿Un traslado?

—Sí. Lo que nosotros llamamos una «conducción ordinaria».

—¿Por qué delito?

—Asesinato en primer grado. Esta mujer ha sido condenada y va a ser ahorcada en la ciudad de Wembley.

En el otro vagón de tercera, en el que iba delante del último, un hombre se tapó nerviosamente los oídos al oír el silbido ululante de la locomotora.

—Pero ¿por qué pita de esa manera? ¡Maldito sea el que la

inventó! ¡Me vuelve loco!

Los otros tres hombres que estaban con él, y que habían puesto un tablero sobre sus rodillas, a modo de mesa, le miraron burlonamente.

—Tú das, Charlie.

—¡Maldita sea! ¡No soporto esa especie de alaridos! ¡Parece que la tierra se hunda!

—No estás acostumbrado, Charlie. Te pasa como a los caballos y los rebaños, que se desbandaban cuando veían pasar un ferrocarril. Pero pronto el pitido de una locomotora será uno de los sonidos más habituales del mundo. La gente ni siquiera lo oirá.

—¿Pero por qué ha pitado ahora? ¿Qué pasa?

—Es natural. Lo hace siempre que ve alguna res cruzada en la vía. ¿No te das cuenta de que disminuye su marcha?

En efecto, el traqueteo del tren había ido disminuyendo de ritmo, y su avance por la llanura no pasaría ahora de los treinta por hora.

Charlie sonrió.

—Ésa era la marcha ideal en la buena época de los asaltos a caballo, ¿eh?

El que estaba frente a él le recomendó silencio con un fruncimiento de sus labios.

—Calla, imbécil.

—¡Siempre igual, siempre igual! ¡Yo soy el que ha de callarse toda la vida! Bueno, ¿reparto o no?

—Tú siempre serás un *cow-boy* menos inteligente que tu caballo, Charlie.

—¿Y qué? ¡Los *cow-boys* hemos hecho el Oeste!

—Pero su época ya ha pasado. Ahora, con esta bestia en la que vamos montados, se puede recorrer Kansas en un solo día. Los hombres como nosotros ya no volverán a asaltar diligencias ni a robar trenes persiguiéndolos a caballo. Ahora hay que obrar con inteligencia, hay que usar esto que tú no tienes.

Y se señaló la frente.

Charlie repartió en silencio.

Y los hombres jugaron un par de partidas sin cambiar más que unas pocas palabras, hasta que el convoy aminoró la marcha de nuevo y la locomotora pitó otras dos veces.

Los hombres dejaron de jugar.

Dos de ellos atisbaron por las ventanillas.

Se divisaban unas lucecitas en la lejanía.

—Aquello tiene que ser Bristol —dijo uno de ellos.

—Seguro…

Confirmando su suposición, desde el primero de los vagones una voz atronadora gritó, para que se enteraran todos:

—¡Bristoooool!…

El convoy se detuvo. La estación era de madera y estaba alumbrada solo por un par de lámparas de petróleo. Dos hombres aguardaban en el andén, cada uno con un rifle bajo el brazo.

Los cuatro jugadores les miraron.

Pero en realidad puede decirse que ni siquiera vieron a los dos hombres.

Sus ojos estaban clavados solamente en la caja de madera que descansaba en el suelo, entre los pies de ambos.

—Ahí está lo nuestro… —bisbiseó Charlie—. Justo como nos habían dicho: en Bristol. Nada menos que cincuenta mil en oro fino…

El hombre que recibió la caja iba en el ténder del carbón y parecía un fogonero más de los dos que aumentaban la caldera. Pero se notaba por sus gestos que sabía manejar más el revólver que la pala. Se frotó con un paño la cara, para librarla en parte del hollín que la cubría, y preguntó:

—¿Todo listo?

—Todo. Cuida bien esta caja, Pat. Ya sabes que es insustituible.

—Tendrán que matarme para quitármela.

—¿Saben algo esos de ahí?…

Y señaló discretamente a los fogoneros, que aprovecharon el alto para remojar el gaznate.

—No, no saben nada. Creen que soy uno de ellos. Aunque estoy rabiando para que lleguemos y acabemos de una vez, maldita sea. Este trabajo no me va. Estoy reventado.

—Paciencia, muchacho. Hala, adelante.

La locomotora volvió a pitar, indicando la salida.

Pat musitó:

—¿Qué os han dicho de la vía?

—¿En qué sentido?

—Oí decir que había llovido más adelante y que el terreno podía estar removido.

—Tonterías. Nunca ha habido un accidente en este sector. Adiós, Pat. Y suerte.

El tren arrancaba ya.

Pat se despidió de los otros con un gesto y miró la caja, mientras palpaba bajo sus anchas ropas cubiertas de hollín el bulto del revólver último modelo.

Susurró, como si quisiera convencerse a sí mismo una vez más:

—Tendrían que matarme…

Prince entró en el vagón de primera, donde había varios asientos vacíos, y dio su billete al revisor, que parecía estar esperándole.

—Hola, Jack —murmuró.

—Hola, señor Prince. Otra vez viajando, ¿eh? Y otra vez a punto de perder el tren.

—Como siempre.

—¿Qué ha sido esta vez? ¿Rubia o morena?

—Pelirroja.

El revisor lanzó una carcajada.

—Usted siempre igual, señor Prince. Nunca cambiará. ¿Quiere acomodarse aquí?

—Gracias. El tren va muy lleno…

—Sí, ahora sí. La compañía ha empezado a tener grandes beneficios. Antes la gente se asustaba de esta especie de monstruos, pero lo que es ahora…

—He visto que en el último vagón viajan dos mujeres. Me ha parecido que…

El revisor se inclinó sobre él.

—Confidencialmente, señor Prince, la que va sentada en el lado del pasillo es una peligrosa criminal. Piensan en ahorcarla en Wembley.

—Hum… ¿Y sólo la acompaña la que está a su lado?

—Sí, para llamar menos la atención.

—¿No tienen miedo de que alguien asalte el tren para salvarla?

—Imposible, señor Prince. Con estas velocidades ya nadie podría

asaltar un tren. Quizá pudieran hacerlo en las estaciones, pero todas están vigiladas. Aquella época en que cada vagón era una aventura, ya pasó. Ahora el tren es el modo de viajar más seguro que… que… que…

Dejó de hablar porque todo se bamboleaba.

Las lámparas de aceite se movieron de un lado para otro, amenazando con saltar.

Un par de viajeros que estaban de pie rodaron por los suelos.

Era una sensación extraña, una sensación que no había vivido nunca ninguno de los que estaban allí. El vagón ya no parecía deslizarse sobre los raíles, sino que hacía algo increíble: ¡volaba!

Lo último que el revisor pudo decir fue:

—¡Diablos!…

Y fue como si de verdad los diablos acudieran. Como si saliesen del infierno…

Los naipes salieron disparados en todas direcciones mientras los jugadores eran lanzados unos contra otros. Todo el techo del vagón crujió. Charlie salió disparado y por poco se rompe la cabeza contra una de las ventanillas.

También aquel vagón volaba.

Pero de pronto se detuvo bruscamente, al chocar con el que estaba delante. El tablero que servía de mesa voló. Uno de los jugadores lanzó un grito de dolor cuando la bota del que estaba frente a él se le clavó en el bajo vientre.

—¡Cuidado!

—¡Estamos descarrilando!

—¡Era verdad lo del terreno removido, maldita sea!…

Ahora el vagón se bamboleaba frenéticamente, como si fuera un ser vivo que sufriese convulsiones. Los viajeros salían despedidos por todas partes. Se escucharon aquí y allá los primeros alaridos de muerte.

Charlie, que había caído bien y sin sufrir daño alguno, masculló:

—¡La caja! ¡Ahora es una magnífica ocasión para apoderarse de la caja!

Alguien le gritó:

—¡No pienses ahora en eso, imbécil!

Y Charlie barbotó:

—¿Pues en qué quieres que piense? ¿En tu suegra?

El último vagón fue el que recibió más castigo, al quedar materialmente empotrado en los demás. Muchos hombres y mujeres que lo llenaban murieron sin darse cuenta de lo que sucedía. Una especie de alarido terrible, unánime, lo llenó todo durante algunos segundos. Las los mujeres también salieron despedidas, pero permanecieron enlazadas por la argolla. La oscuridad más espesa e implacable se adueñó del vagón, mientras a derecha e izquierda se escuchaban alaridos de muerte.

De las dos mujeres, una estaba espantosamente inmóvil. La otra intentó moverse para salir de entre las maderas quebradas y los hierros retorcidos que amenazaban aplastarla.

Pero no pudo. Su vigilante, la mujer que la transportaba desde el penal femenino de Oklahoma, estaba sujeta por aquellos hierros y resultaba imposible desembarazarla de ellos. Su cuerpo parecía un cuchillo clavado entre las maderas del vagón, del que ya resultaría imposible separarlo.

La muchacha la miró con atención.

A pesar de la oscuridad pudo ver algo que le heló la sangre en las venas. Algo que le hizo lanzar un gemido de angustia.

Su «compañera» tenía los ojos blancos, vidriosos. Estaba muerta…

Entre la oscuridad que lo llenaba todo, entre el maremágnum de hierros retorcidos, maderas rotas, desolación y muerte, una figura pareció destacarse, avanzando hacia allí. Era una figura alta y a la que la muchacha esposada creyó reconocer cuando ya la tenía encima de ella. Aquel hombre… ¿no había hablado antes con ellas? ¿No había dicho que se llamaba Prince?

Una lucecita de esperanza brilló en los ojos de la muchacha.

Pero de repente se estremeció.

Aquel hombre, ¿venía a salvarla?… ¿O venía a ejecutarla antes de que llegaran a Wembley?

Llevaba un revólver en la mano derecha.

El hombre entrecerró los ojos mientras lo movía rápidamente. ¡E hizo fuego!…

CAPÍTULO II

La muchacha sintió la quemadura de la bala en la muñeca, pero enseguida se dio cuenta de que no había sufrido ningún daño. El hombre, que le dio la sensación de ir a matarla, había disparado sencillamente contra la argolla que las unía a las dos.

Instantáneamente la mano de la prisionera quedó libre.

Aunque aún seguía ceñida por la argolla, ya no estaba sujeta a nadie. Pudo moverse. Prince susurró:

—¿Se siente bien?

—Creo… creo que sí… Pero para saberlo necesitaría moverme…

—Póngase en pie. Vamos, apóyese en mí. ¡Aprisa!

Ella lo intentó y vio que sus músculos y sus huesos respondían. Estaba mareada, pero eso era lo de menos. Prince la ayudó a salir poco a poco de entre las ruinas.

—¿Y su compañera? —preguntó.

—Creo que… está muerta.

—Ella era la guardiana, ¿no?

—Exacto…

—Bueno, ya se ha librado de ella. Acompáñeme.

—¿Adónde?

—Supongo que querrá salir de aquí, ¿no? ¿O tal vez no quiere?

—Es el mayor deseo de mí vida…

—Pues sígame.

Ella tropezó, cayó de rodillas y se llevó las manos a la cabeza mientras bisbiseaba:

—Déjeme sola…

—¿Por qué? ¿Se ha hecho daño?

—No, pero debo advertirle que no se meta en esto. Ya ha hecho bastante por mí.

—¿Tiene miedo?

—Por mí ya no. Después de la situación en que estaba, todo lo que pueda ocurrirme ha de ser bueno. Tengo miedo por usted.

—¿Por mí?

—Sí. Yo soy una condenada a muerte. Si me ayuda a escapar, usted se convierte automáticamente en mi cómplice. Le harán responsable…

—Me temo que ya la he ayudado bastante, muñeca. Si quieren buscarme un lío, me lo he ganado ya. Vamos, salga enseguida de aquí. No quiero que se den cuenta…

La muchacha se puso en pie, logró saltar por entre dos roturas del vagón y notó que estaba en tierra firme porque sus pies casi se hundieron en el barro. Era aquello lo que había movido las vías y producido el descarrilamiento.

—¡Yo conseguiré caballos! —murmuró Prince—. ¡Corra!

—Pero…

—¡No lo piense tanto y sígame! ¡Corra todo lo que pueda, infiernos! ¡Corra!…

Ella le fue siguiendo. La oscuridad se disipaba, pero no era porque llegase gente con luz. Era por algo infinitamente más siniestro: porque uno de los vagones ya se estaba incendiando.

Prince se volvió.

—Ni siquiera sé su nombre…

—Me llamo Esther.

—Pues adelante, Esther. ¡Aprisa!…

En aquel momento se oyó una traca de disparos que hicieron estremecer a la muchacha. Por un momento creyó que la perseguían y que tiraban contra ella.

Prince murmuró:

—No se preocupe, eso es al otro lado de la vía. Deben estar matando a alguien en el furgón de cabeza…

CAPÍTULO III

En efecto, Prince tenía razón. No sabía hasta qué punto la tenía. Porque en aquel momento cuatro hombres armados con revólveres acababan de llegar al tender y a la máquina, que estaban materialmente deshechos. Acababan de encaramarse por encima de una pila de carbón que estaba desparramada junto a la vía.

No se distinguía nada a dos pasos.

Pero oían los «ayes» de dolor de los fogoneros, que debían estar aprisionados entre los hierros retorcidos.

Charlie barbotó:

—¿Veis como tenía razón? Había que pensar en la caja, maldita sea. ¡Éste es el momento!

—¡Chist! ¡Calla!

De todos modos Charlie ya había hablado demasiado.

Alguien acababa de oírle. Alguien que no estaba herido y que, por el contrario, tenía el revólver bien listo.

Dos fogonazos rasgaron la oscuridad.

Dos balas buscaron el camino en el que había sonado aquella voz, y no alcanzaron a Charlie gracias a que éste acababa de tropezar, estando a punto de caer. De lo contrario le atraviesan la cabeza.

Estaba bien claro que el hombre que defendía la caja no pensaba soltarla fácilmente.

Aquéllos eran los disparos que acababan de oír Esther y Prince. Los cuatro pistoleros se abrieron en abanico, con dos revólveres preparados, moviéndose tres de ellos con un silencio de gatos. El cuarto, en cambio, hizo intencionadamente un poco de ruido.

Éste era Charlie.

Era él quien tenía que jugarse la piel, atrayendo los disparos

para que los otros tres localizaran al tirador.

El «Colt» crepitó otras dos veces.

Y Charlie sintió que una bala le rozaba la cadera. ¡Diablos, cómo disparaba el fulano de la máquina! ¡No veía nada y, sin embargo, sólo había fallado por menos de un centímetro…!

Los otros tres esperaban aquella ocasión.

Vieron los fogonazos, y eso les indicó el sitio exacto en que estaba su enemigo.

Dispararon rabiosamente, a mansalva, cubriendo todas las posibles zonas de protección.

Se oyó un gemido de dolor.

El de la máquina acababa de ser alcanzado. Aún disparó otra vez, con sus últimas fuerzas, pero la bala se perdió en el aire. A la luz del incendio de uno de los vagones, los pistoleros le vieron.

Descargaron las armas otra vez.

Y su víctima quedó hecha materialmente una criba.

Charlie masculló:

No había que exagerar tanto…

—Calla, bestia. El tipo que acaba de morir era un federal, y por tanto un fulano muy peligroso. ¿A quién crees que iban a elegir para custodiar cincuenta mil dólares en oro? ¿A un aficionado?

—No hacía falta matarlo. En mis buenos tiempos…

—En tus buenos tiempos uno se hartaba de reventar caballos y no conseguía nada.

Ayúdanos a sacar la caja. Así, con cuidado…

Charlie se acercó al muerto, que ahora resultaba bastante visible a causa de la luz del incendio, cada vez mayor.

—¿Lo conocíais?

—Sí, creo que lo habíamos visto alguna vez. Se llamaba Pat.

—Pues vestía como un fogonero…

—Para despistar. ¡Venga, Charlie, que el tiempo apremia! ¡Hay que sacar la caja antes de que venga alguien!

La sacaron entre todos.

Pesaba lo suyo.

Cincuenta mil dólares en billetes no cansan a nadie, pero cincuenta mil en oro… ¡diablos!

—¡Arreando!

—Ha sido una suerte que el tren descarrilara. De lo contrario no

sé cómo hubiéramos podido hacerlo.

—Siguiendo el plan que ya teníamos, y que tampoco hubiera fallado. ¡Aprisa! ¡Hay que salir de aquí!

Los cuatro huyeron velozmente con la caja.

—¿Cómo la transportaremos?

—¡Eso ya lo veremos más adelante! ¡A correr!

Algunas personas les vieron, porque el incendio ya lo iluminaba todo.

¿Pero quién se preocuparía de ellos? ¿Quién iba a molestarse en perseguirlos ahora?

Charlie barbotó:

—¡Menudo! ¡Lo que me voy a comprar con mi parte!…

—¿Qué te vas a comprar, desgraciado?

—¡Un kilo de papel de lija!

—¿Y para qué quieres tú el papel de lija, so buitre?

—¡Para rebajarle la nariz a mí mujer, so burro!

De no ser por la mano de Prince, que la llevaba a través de los caminos enfangados, ella hubiera caído cien veces. Daba la sensación de que Prince conocía el terreno a ciegas, como si lo hubiera dibujado él. Pronto dejaron la zona llena de barro —que era el valle por dónde corría la vía— y se encontraron remontando una suave colina pizarrosa, en cuya cumbre se detuvieron los dos a respirar. Después de la larga carrera, estaban agotados.

El tren se veía abajo como una serie de puntos de luz, mientras los vagones se incendiaban uno tras otro. Esther se llevó las manos a la cara y pensó en su guardiana, en la mujer que la había conducido hasta allí. Sin pensarlo musitó:

—Es espantoso…

Prince se echó el sombrero hacia atrás.

—Bueno —dijo—, no hay que pensar en los muertos. Ahora somos nosotros los que importamos.

—¿Por qué me has salvado, Prince?

—No lo sé. Quizá porque eres bonita.

—No, no creo que sea por eso. Nadie se arriesga a quince años de cárcel solo por unas piernas más o menos bien formadas.

—Tal vez será porque además te necesito.

—¿Necesitarme para qué?

Prince lanzó una carcajada que a pesar de todo era alegre,

mientras palmeaba una mano contra otra:

—Pues para una cosa muy sencilla, muñeca: para que seas mi mujer…

Ella hizo un gesto de incredulidad.

Había momentos en que pensaba que aquel hombre tenía que estar loco.

—¿Ya sabes lo que dices, Prince?

—Yo siempre sé lo que digo. ¿Sabes cuál es mi oficio?

—No. Ni lo imagino siquiera.

—Pues soy un jugador profesional. Lo que se dice un fullero, aunque no en todas las partidas hago trampas. Imagínate si sabré lo que me digo. Si en lugar de decir «me retiro», digo «voy», me hundo.

—¿Dices que eres un jugador profesional? ¿Y vives de los naipes?

—Desde luego. Y hay temporadas en que hasta vivo bastante bien.

—¿Para qué puedes necesitarme a mí? ¿Cómo gancho? ¿Quieres que atraiga a los hombres? Vamos, Prince… No te conozco aún, pero sé que tienes que estar rematadamente loco. ¿Te das cuenta? Haciendo de gancho una chica condenada a muerte a la que dentro de dos días van a buscar por todos los rincones de Estados Unidos.

Él se puso un cigarro entre los labios, pero no lo encendió. Aún se sentía demasiado cansado para fumar. Lo que sucedía era que con un cigarro entre los labios se sentía más en forma, más seguro de sí mismo.

—Mira, chata, no te quiero para eso —murmuró pensativamente —. Al decirte que quería convertirte en mi mujer no lo hacía pensando en que encandilaras a los machos más o menos forrados y los atrajeras a mí mesa para que yo los desplumase. La verdad es que ahora no pienso jugar, ¿sabes? Puede que no necesite tocar los naipes nunca más.

Ahora mi negocio es otro.

—¿Cuál? ¿La trata de blancas?

—Calla, mujer, calla. En todo caso me dedicaría a la trata de negras, que para fregar la cocina sirven más. Las mujeres… ¡Uf! Las mujeres… No traen más que líos. ¡Si lo sabré yo!

Y extrajo de uno de sus bolsillos una lima de mediano tamaño,

con la que empezó a «trabajar» sobre la argolla que aún esposaba a Esther.

—Con esta lima me he escapado un par de veces de la cárcel —explicó—. Siempre, la llevo por esa razón. Creo que con un poco de paciencia podré librarte de la argolla.

—¿Cuál es tu negocio actual? —preguntó ella con inquietud—. ¿Para qué me necesitas?

—Muy sencillo. Para cobrar una herencia de medio millón de dólares…

CAPÍTULO IV

El letrero de la estación estaba muy bien iluminado por varias lámparas de petróleo al mismo tiempo. Era uno de los que más brillaban en toda la ruta, quizá porque allí la línea férrea terminaba. De momento no llegaba más allá, aunque se estaba trabajando en la continuación. Y el letrero decía:

TERMINAL — WEMBLEY

El telegrafista, con una visera echada sobre los ojos, salió de su garita arrastrando los pies.

—¡Eh, Wilbur! ¡Wilbur!

El jefe de estación, que estaba «matando el rato» en su despacho con una pasajera rubia, salió dándose a todos los diablos.

—¿Qué te pasa, Jonathan? ¡También son ganas de jorobar al prójimo!

—¡Oiga, Wilbur! ¡Es grave! ¡El tren ha descarrilado a poca distancia de la estación de Bristol!

—¿Quéééééé?…

—Uno de los heridos ha podido llegar hasta Bristol y desde allí acaban de telegrafiarme. ¡Un desastre! Parece que hay una montaña de muertos. ¡El suelo estaba blando y los raíles se hundieron!

Wilbur se puso a correr como un desesperado.

—¡Hay que enviar socorros! ¡Aunque tarden cinco horas en llegar allí, tenemos que hacer algo! ¡Si no la compañía nos despedirá a todos!

La rubia que estaba en su despacho salió dando grititos.

Una de las puertas de la sala de espera se abrió.

Allí no había nadie a aquella hora, excepto un hombre haciendo solitarios.

Era ese hombre el que había salido.

Llevaba un uniforme de la caballería y andaba apoyándose en un bastón y arrastrando la pierna izquierda. La herida aún debía dolerle mucho, porque de vez en cuando entrecerraba los ojos con un gesto de sufrimiento. Entró en el despacho del jefe de estación, donde éste consultaba febrilmente un plano de la comarca.

—¿Qué pasa, señor Wilbur? ¿He oído decir que el tren había descarrilado cerca de Bristol?

—¡Claro que ha descarrilado, Parker! ¡Ha oído perfectamente! ¡Y ahora déjeme en paz!

—¿Puedo ayudar en algo?

Wilbur levantó la cabeza del plano y le miró socarronamente, sin ocultar su desprecio.

—¿Usted? ¿Ayudar usted, Parker?

—¿Y por qué no?

Wilbur miró significativamente la guerrera del hombre que tenía frente a él, una guerrera donde se apreciaban aún las marcas dejadas por unas insignias de sargento lleva; as largo tiempo allí. Insignias que luego habían sido arrancadas.

—Déjeme en paz, exsargento Parker —dijo con voz ominosa—. Déjeme en paz, exsoldado, exhombre. ¿Ayudar usted? ¿Ayudó a sus compañeros cuando los indios los tenían sitiados?

—Yo estaba herido…

—¡Pudo ir a buscar refuerzos! ¡Pudo hacer algo y en cambio se estuvo allí, metido en una cueva, temblando como si fuera una mujercita! Y cuando todo pasó y todos sus compañeros estaban muertos, entonces se le ocurrió salir. ¡Por eso le han degradado! ¡Y por eso, en los tres días que lleva en Wembley, nadie ha querido jugar ni beber con usted! ¡Tiene que pasarse las horas muertas en la estación, haciendo solitarios! ¡Pero yo también he acabado por hartarme de usted! ¡Lárguese! ¡Fuera!

—No puede echarme, señor Wilbur. La estación es un edificio público.

—¡La estación pertenece a la compañía! ¡Y no me haga perder más tiempo! ¡Largo de aquí!

El hombre que iba metido en el uniforme azul hizo un gesto de

amargura.

Pero se calló.

Sin embargo daba la sensación de ser uno de esos hombres que no se callan fácilmente.

Fuerte como un toro, alto, joven, de poderosos hombros y cintura estrecha…

De todos modos daba la impresión de ser ya una ruina humana. De estar reconcomido por dentro y no tener ya la menor esperanza.

En aquel momento una mujer llegó también a la estación.

Era joven, pero ni bonita ni fea. Una de esas mujeres agradables que, sin embargo, no llaman la atención al primer golpe de vista. Estaba demacrada y muy pálida. Miraba a todas partes con una expresión patética.

—Dígame que no, señor Parker —susurró.

—¿Qué he de decirle, señora Thomas?

—Dígame que el tren no ha descarrilado. ¡Dígame que no es cierto!…

—Desgraciadamente parece que lo es, señora Thomas. Ha sido a poca distancia de Bristol.

—Pero… pero en ese tren iba el medicamento para mí hijo. ¡Lo único que puede salvarle! ¡Dios santo, nooo!… ¡Es imposible!

Se encorvó sobre sí misma y se puso a llorar mientras apoyaba la cabeza en la pared. Su figura pareció hacerse menuda y patética. Sus ojos desencajados no miraban a ninguna parte.

Él la sostuvo para que no cayera.

—Señora Thomas, no hay razón para que los medicamentos se hayan perdido.

—¡Eran prácticamente únicos en el país! ¡Los traían desde Chicago! ¡Y yo sé que ahora no llegarán a tiempo! ¡Mi hijo agoniza! ¡Sólo tiene seis años y ya va a morir!…

Volvió a apoyar otra vez la cabeza en la pared, mientras su cuerpo era sacudido por un espasmo. De no ser por los brazos del hombre que estaba a su lado, hubiera caído a tierra.

—Señor Parker, si el pequeño muere yo no quiero vivir tampoco. Estoy desesperada…

—¿Quién llevaba ese medicamento?

—Iba bien seguro. Para que no hubiera riesgo de perderlo, lo transportaban con una caja de oro. Creo que un federal llamado Pat

había de custodiarlo hasta Wembley.

—¿Una caja de oro?…

—Sí, eso es… ¡Y por eso temo que desaparezca! ¡Con el descarrilamiento alguien se la llevará!

—No tema, señora. Ese federal llamado Pat la defenderá hasta la muerte. Es su obligación.

Ella alzó los ojos y clavó en el uniforme una mirada donde no había odio ni burla, sino una inmensa pena.

—También usted tenía que defender su bandera hasta la muerte, ¿no es así, sargento Parker? También usted tenía que defender a sus hombres… ¿Y lo hizo? ¡Diga! ¿Lo hizo?

Él se mordió el labio inferior hasta que brotó una gotita de sangre.

—Un federal es distinto —fue todo lo que dijo—. Un federal es muy diferente, señora:

Y se alejó poco a poco, arrastrando la pierna izquierda, mientras ella caía de rodillas llorando.

El jefe de estación seguía estudiando nerviosamente el plano, buscando el camino más corto y menos peligroso para llevar socorros hasta el lugar de la catástrofe.

En aquel momento se oyó el galope de varios caballos.

Cuatro caballos justamente.

Aparecieron por la vía y casi subieron al andén, haciendo retemblar las tablas. Wilbur apareció en la puerta rabiosamente, empuñando un rifle.

—¿Pero qué infiernos hacen? ¡Sólo me faltaba esto! ¿Qué quieren? ¿Destrozar el andén?

Se calmó instantáneamente al ver la estrella que brillaba en el chaleco de uno de aquellos hombres.

Y más aún al ver su cara.

Porque era la cara del *sheriff* Osorio, un tipo de origen mexicano que donde ponía el ojo ponía la bala. Y uno de esos perros de presa, además, que nunca dejan de perseguir a un criminal aunque tengan que ir tras él al infierno.

Si estaba allí con tres hombres, era porque perseguía alguna pieza importante. De otro modo hubiese venido solo, como era su costumbre.

—Hola, Wilbur. No tenga miedo, que no le destrozaremos el

andén. ¡Eh, muchachos, a poner las patas en el suelo! ¡Al menos un minuto al día también hay que estar de pie, digo yo!

—¿Qué busca aquí, Osorio?

—Como siempre, busco a un hombre. Un hijo de perra.

—¿Pero quién?

—El pistolero Donovan. Usted ya lo ha oído nombrar. Mató a cinco hombres en Wichita.

—Donovan… Sí, claro que sí… He oído hablar mucho de esas muertes. Hombres importantes de Wichita, ¿no? Gente que pesaba lo suyo.

—Hay una recompensa de cinco mil machacantes para el que lo atrape vivo o muerto —dijo Osorio.

—¿Y usted quiere atraparlo?

—No es sólo por los cinco mil —dijo el *sheriff*—, aunque también me interesen.

—¿Entonces por qué?

—Por una cosa muy importante, Wilbur, que quizá usted no entienda: porque en Wichita alguien ha dicho que estoy acabado. Alguien ha dicho que ya no sirvo para nada. Y voy a demostrarles que estoy en mi mejor momento. ¡Voy a demostrarles que puedo perseguir a un hombre, aunque sea hasta el mismo infierno!…

—¿Pero usted conoce a Donovan, Osorio? Porque yo no le conozco de nada. Jamás lo he visto por aquí.

El *sheriff* extrajo un pasquín de uno de sus bolsillos.

El pasquín mostraba el rostro de un hombre joven, de ojos claros, con un espeso bigote y expresión concentrada y dura.

—No lo he visto nunca por aquí —dijo Wilbur.

El *sheriff* paseó su mirada por el andén y vio al exsargento que se apoyaba en el bastón penosamente.

—¿Quién es ése? ¿Uno de los que han estado dominando la última revuelta india?

—Ése es simplemente un cobarde. Dejó a sus hombres abandonados y por eso lo han degradado y lo han expulsado del ejército. No debería ni vestir uniforme.

—¿Y aquella mujer que llora? ¿Qué le pasa?

—Conviene que lo sepa, Osorio. Ha habido un descarrilamiento cerca de la ciudad de Bristol. El tren transportaba cincuenta mil dólares en oro fino, y además un medicamento que podía salvar la

vida de un chico. El único medicamento que puede salvarle, y que ya venía urgentemente desde no sé dónde. Sin él, morirá.

El *sheriff* lanzó una imprecación.

—Entonces hay que darse prisa. Hay que organizar una expedición de socorro.

—En eso estaba pensando cuando ha llegado usted.

—¿Qué va a hacer? ¿Enviar un par de vagones?

—Sólo hasta donde lo permite la línea férrea, porque seguramente está movida. Luego habrá que llegar a campo traviesa al lugar de la catástrofe.

—Pues hágalo pronto. Debe haber muchos muertos y heridos.

—¿Usted va a ayudarme, *sheriff*?

—Lo siento, pero no puedo. Lo que más me interesa es capturar a Donovan. Y me jugaría la cabeza a que tiene que estar por aquí…

Indicó a sus hombres la salida de la estación.

—¡Vigilad todo esto! ¡Registrad todos los *saloons*, todos los garitos, todas las casas de juego! ¡Entrar en todos los hoteles! ¡No quiero que escape a vuestro control ni una mosca! ¡Hala, aprisa! ¡Y si encontráis a Donovan, le saludáis de mí parte! ¡Le saludáis con una bala entre las piernas! ¡O, mejor, con una bala entre las cejas! ¡No quiero que diga que yo doy golpes bajos!…

CAPÍTULO V

La casa era elegante y estaba situada en las afueras de la pequeña ciudad de Wingate, a no mucha distancia de Bristol. Tanto que Prince y Esther habían llegado allí atravesando las colinas y sin cansarse excesivamente. Cuando llegaron a la casa era ya medianoche, pero las luces de las ventanas estaban encendidas.

Esther susurró:

—Es una casa muy bonita…

—Sí. La mejor de la comarca.

—¿Quién vive en ella? —Mi padre.

—Debe ser muy rico…

—Ya te he dicho que espero cobrar una buena herencia. Mi padre es banquero, o mejor dicho, lo ha sido. Ahora está retirado, pero sigue siendo millonario.

—¿Y tú eres un jugador?

—Bueno, yo siempre he sido la oveja negra de la familia.

—¿Tanto, que llegó a desheredarte?

—Algo así. Me hizo bastantes préstamos que nunca le devolví. Y entonces me juró que no me daría la legítima, o sea la parte mínima y obligatoria que me corresponde en la herencia, si no sentaba la cabeza y volvía casado con una mujer que a él le gustase.

Esther hizo un gesto afirmativo.

Ahora lo entendía todo perfectamente.

Aquel cara dura de Prince quería presentarla como su mujer, causar buena impresión a su padre, pedirle a este que le anticipara el dinero de la legítima y luego esfumarse. Así tendría fondos para seguir haciendo el calavera una temporada más.

—Podías haber buscado otra mujer —susurró—. No una condenada a muerte.

—¿Quieres que te diga una cosa, Esther?

—Di lo que te apetezca. ¿Cómo voy a impedirlo?

—En primer lugar, si te he elegido a ti es porque tú no puedes traicionarme ni pedirme nada. Eres la única mujer que está íntegramente en mis manos. En segundo lugar, tienes la cara más inocente que he visto en mi vida. Eres una muchacha realmente angelical, y eso que te aseguro que de caras de mujeres entiendo lo mío.

—Pues te equivocas. Soy una mujer que ha matado a su propio marido.

Prince rió.

—Bueno, no me extraña. Si el marido era un viejo de setenta años…

—Nada de eso. Era un hombre de treinta.

—Cuerno, entonces la cosa cambia. ¿Y qué hiciste con él?

—Lo asesiné y luego traté de quemar su cadáver para borrar las huellas. De todos modos lo encontraron más adelante.

Prince, de repente, ya no pareció tan seguro de sí mismo.

Miró a la mujer con sorpresa, como si realmente solo ahora se convenciese de que era una condenada a la última pena. Pero al fin se encogió de hombros, quizá porque durante toda su vida él había tratado con tahúres, maleantes, asesinos y, en fin, «gentecita honrada». La chica, al fin y al cabo, formaba parte de su mundo habitual.

—Entraremos por la parte trasera —dijo.

—Pero ¿no nos oirá tu padre?

—No. A estas horas, después de cenar, siempre está adormilado junto a la chimenea.

Seguramente nos oirán los criados, pero ellos están de acuerdo conmigo.

—¿Y por qué no quieres que nos vea ahora?

—Porque necesito que aparezcas resplandeciente ante él. Llevas aún las ropas burdas del penal, y eso no me conviene. Las quemaremos y te proporcionaré un auténtico vestido de señorita. Yo tengo bastantes. Lo único que me falta es poner una señorita dentro.

Mientras tanteaba la puerta posterior, añadió:

—Verás mañana… Con tu cara angelical y tu postura modosita,

lo vas a dejar espatarrado. Ahora entra.

La puerta se había abierto.

Un criado con cara de pillastre estaba al otro lado.

—Hola, Prince —dijo.

—Hola, Oscar. ¿Me has oído llegar?

—Sí, y por eso te he abierto.

—Has andado muy listo…

—Es que aún me debes cincuenta dólares. Y esta vez no quiero que te escapes sin pagármelos.

—Te prometo que cobrarás cien, Oscar. Voy a ser rico.

—Lo mismo me dijiste la otra vez. Con mis cincuenta dólares ibas a hacer saltar la banca en no sé qué garito. ¿Y luego qué resultó? Que te los jugaste a la carta más alta con el encargado de la cuadra y encima perdiste.

Prince le calmó con un gesto de hombre de mundo.

—No te preocupes porque esta vez no falla. Le voy a sacar al viejo una buena tajada. Me llevo mi parte de la herencia como me llamo Prince. Esta princesita me ayudará.

Y señaló a Esther.

Los ojos de Oscar, el criado, que debía ser tan sinvergüenza como su dueño, recorrieron sus curvas admirativamente.

—¿Vas a presentarla como tu mujer?

—Ujú. Y tienes que proporcionarme perfumes y todo lo que haga falta. Mañana doy el golpe.

—Te lo proporcionaré, descuida. Todo sea por recuperar mis cincuenta pavos.

—Ahora vamos a descansar. Procura no hacer ruido.

—Os llevaré a una de las habitaciones de arriba. Todas están vacías.

Subieron en silencio por una escalera secundaria y alcanzaron el piso superior, que era muy lujoso y estaba perfectamente amueblado. Oscar abrió la puerta de una de las habitaciones, un magnífico dormitorio doble, y luego se retiró discretamente.

Prince susurró, mirando a la muchacha:

—¿Qué? ¿Entramos?

—¿Entrar a qué?

—¿Pues a qué va a ser? A descansar… ¿No eres mi mujercita?

Ella le miró fijamente.

—Eres todo un tío, Prince.

—¿Verdad que sí?

—Y piensas dar el gran golpe mañana…

—¡Claro!

—¡Pues yo pienso darlo ahora! —gritó Esther, mientras se quitaba uno de los zapatos.

Y el impacto en la cabeza de Prince fue tan contundente que éste gimió:

—¡No hay derecho! ¡Tú juegas con un rey de bastos!…

Los cuatro hombres cargados con la caja y los cincuenta mil en oro fino comprendieron que necesitaban alejarse a toda prisa del lugar de la tragedia. Dentro de una hora o dos, aquello se llenaría de gente y ellos tenían que estar cuanto más lejos mejor. Para eso necesitaban robar caballos.

Charlie, mientras atravesaban un pequeño valle entre dos colinas, murmuró:

—Debe haber ranchos por aquí. En cualquiera de ellos nos apoderamos de cuatro pencos y ya está.

—Sí, pero conviene que no nos vean.

—De eso me encargo yo —dijo Charlie—. Ya sabéis que soy un hacha entrando en los sitios.

—¡Animal! ¡La última vez que confiamos en ti entraste a robar en la casa de un *sheriff*!

—¡Y no se te ocurrió más que pisarle un callo a su suegra, que estaba dormida en una butaca!

—No os preocupéis, que esta vez lo haré mejor. Mirad, huellas de carretas. Seguro que llevan a un rancho.

En efecto, las huellas llevaban a un rancho situado apenas a media milla. Bordearon una roca y lo vieron. Pero todos se quedaron atónitos, como petrificados, con las bocas abiertas.

No era aquello lo que habían esperado encontrar.

El rancho entero ardía como una tea.

Y en la distancia se divisaban aún las siluetas fantasmales de los jinetes que lo habían incendiado, y que se alejaban al galope.

Charlie barbotó:

—Es horrible…

Watson, el jefe del grupo, se llevó una mano a la boca.

—¿Quiénes son los hijos de perra que han hecho eso?

—Pronto podremos averiguarlo.

En efecto, no es que les hiciera demasiada gracia acercarse allí, pero era seguro que en el rancho encontrarían caballos. Incluso se les veía galopar locamente cerca de las llamas, aterrorizados, sin saber adónde dirigirse.

Los cuatro hombres llegaron al lugar del incendio media hora después. Las llamas estaban en todo su apogeo. Y en torno a ellas vieron varios cadáveres de víctimas inocentes: un par de mujeres, un hombre de edad… Incluso un niño.

Los dientes de los forajidos rechinaron de rabia.

Ellos sabían perfectamente que eran unos puercos asesinos. Que se ganaban la vida robando y matando.

Pero mataban a federales y a gente así. No mataban a viejos, mujeres y niños.

Charlie barbotó:

—Ha sido una matanza…

—Sí. Han robado el rancho, han asesinado a todo el mundo y luego le han pegado fuego. Colección de hijos de hiena…

—Sólo hay una banda que en Kansas haga cosas así. Una banda que mate por el placer de matar.

—¿Cuál?

—La de Mike Reina.

Todos palidecieron.

Aun así sus rostros adquirían matices purpúreos al recibir de lleno la luz de las llamas.

—La banda de Mike Reina estaba lejos de aquí —musitó Watson —. Se decía que había huido a Oklahoma.

—Pues ha debido volver a Kansas. Todo esto lleva su marca.

—¿Sabéis lo que significa?

Era Watson el que había hablado. Los otros estaban cada vez más atentos y también cada vez más pálidos.

—Lo que significa es esto: los de Mike Reina pensaban asaltar el tren más adelante. Pero se han encontrado en su camino con este rancho y lo han asolado por completo. Sin duda buscarán el tren en otro lugar del recorrido y no lo encontrarán. No saben que ha descarrilado.

—Lo que deben buscar es… Bueno, la caja con los cincuenta mil en oro. Ni más ni menos que la caja que llevamos nosotros.

—Y si saben que ha desaparecido, batirán la comarca hasta dar con ella. Hasta dar con nosotros, vamos.

—Y los de Mike Reina son más de veinte hombres.

—Y nosotros cuatro…

Los forajidos sintieron que se les helaba la sangre.

Nunca habían sentido tanto frío como entonces, a pesar de estar tan cerca de las llamas.

Charlie masculló:

—¡A los caballos! ¡Hay que largarse de aquí!…

Pero todos sabían, en el fondo, que era inútil.

Mike Reina era de los que nunca soltaban una presa.

Si había decidido hacerse con los cincuenta mil, lo conseguiría. Pasando por encima de sus cuatro cadáveres.

Los hombres del *sheriff* Osorio volvieron a reunirse en la estación solitaria.

No había allí más que otras dos personas: aquella mujer que aún lloraba y aquel exsargento que hacía solitarios en la sala de espera. El jefe de estación, Wilbur, había tomado con otros diez voluntarios una locomotora y un ténder y había seguido la vía hasta donde pudiera llegar. Llevaba armas, comida y algunos medicamentos. También llevaban un médico que era el único «no voluntario». Habían tenido que pescarlo debajo de la mesa de un *saloon*, donde estaba más borracho que una cuba. El alguacil de Wembley y su ayudante también figuraban entre los voluntarios que se habían largado en el ténder.

Los vigilantes fueron dando la novedad al *sheriff* Osorio, que aguardaba en las cercanías de la estación.

—En los hoteles no hay nada.

—Ni en los *saloons*.

—Ni en las dos casas de juego que existen en Wembley.

—Suponemos que ese tipo no ha pasado por aquí, *sheriff*.

Osorio frunció el entrecejo.

—Hemos vigilado todas las rutas, todos los caminos. Hemos recibido informes de todas partes. La única vía de escape que le quedaba era ésta. Tiene que estar en Wembley.

—Quizá se nos ha esfumado. Como no le conocemos bien…

—Tenéis el retrato del pasquín.

—No es suficiente, *sheriff*. A veces un hombre cambia.

—De todos modos tiene que estar aquí. Vais a organizar una patrulla por todas las casas de los contornos.

—No nos deja descansar ni un minuto, *sheriff*, maldita sea…

—Ya descansaréis en el otro mundo. Hala, buitres… ¡a largar picotazos! ¡Hasta el amanecer no os quiero aquí! ¡Hasta que hayáis registrado toda la comarca!

Los ayudantes se largaron.

Mientras montaban a caballo otra vez, se acordaron de la familia del *sheriff* por lo menos hasta la octava generación.

Pero de todos modos salieron de allí para obedecer la orden.

Osorio quedó solo.

Y sintió en su columna vertebral el frío y el silencio de la estación, aquel lugar maldito. Porque a él le gustaban mucho los caballos, pero ni pizca las locomotoras y los trenes, que le parecían aún unos engendros del diablo.

Oyó entonces en el silencio el llanto de la mujer.

Ella aún estaba de rodillas, con la cabeza apoyada en la pared.

Pero, como les suele suceder a los hombres de acción, le reventaba oírla llorar sin poder hacer nada, sin poder mover un dedo.

Entró en la sala de espera donde estaba el exsargento haciendo solitarios.

—Eh, usted.

El interpelado alzó la cabeza.

El *sheriff* le miraba atentamente, con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo se llama?

—Parker.

—¿Y qué hace aquí?

—Ya lo ve: juego a los solitarios. Nadie me quiere en ningún otro sitio de la ciudad. Pensaba largarme, pero como el tren ha descarrilado ya no llegará hasta Wembley.

Osorio apretó los labios.

—Ya lo recuerdo… Wilbur me lo ha explicado. Usted es el cobarde —dijo.

—La gente habla, pero…

—¿Sabe lo que le digo? Los cobardes me dan asco.

El interpelado no contestó.

Se limitó a colocar en silencio la última carta que le faltaba para

completar el juego.

Osorio, de un manotazo, hizo volar todas las cartas.

—Los cobardes me dan asco —repitió—. Y si usted fuese un hombre ya me habría partido la cara.

—No puedo. Usted lleva una estrella.

—Y usted llevaba unos galones que ha perdido por no tener lo que debe tener un hombre.

—¿Sabe qué le digo, *sheriff*? Déjeme en paz.

Osorio rió secamente, burlonamente.

—Ya que no sirve para otra cosa —dijo al cabo de unos instantes —, haga un recado. Lleve a esa mujer a su casa. No puedo soportar el oír su llanto.

—De acuerdo, *sheriff*, lo haré.

—¿Ve cómo es un buen chico? Para hacer recados resulta usted ideal. En cambio, para mandar hombres, resulta usted una basura.

El otro no contestó.

Se limitó a salir, tomar a la mujer por el brazo y ayudarla a incorporarse mientras murmuraba:

—Vamos, señora. Anímese. Verá cómo los del grupo de socorro vuelven con la medicina.

La mujer le creyó. Necesitaba creerle.

Tambaleándose, fue hasta su casa, cerca de allí, donde toda la noche brillaba una lucecita, la débil lucecita de la esperanza. Un niño se debatía allí a las puertas de la muerte. Un niño por el que ella hubiera dado toda su sangre y por el que, sin embargo, no podía dar nada.

Luego el hombre volvió al centro de la pequeña ciudad.

Todo estaba tranquilo.

El *saloon* se encontraba vacío.

Su dueño estaba limpiando los vasos, antes de cerrar, cuando le vio entrar poco a poco.

—Maldito sea, Parker, ¿qué quiere?

—Me hace el efecto de que necesito un trago.

—¡Pues yo no le sirvo, cochino buitre! ¡Hala! ¡Si tiene sed, métase de cabeza en el abrevadero!

—Al menos déjeme sentarme a una mesa. Ya estoy harto de la estación. Me sé las paredes de memoria. Aquello me parece una pesadilla.

—Los cobardes como usted ensucian el sitio donde se sientan, Parker.

—No se preocupe, no me aguantarán mucho tiempo. En cuanto pueda me marcharé de la ciudad.

—Pues empiece por irse de mí *saloon*.

—No hay nadie y no causo ninguna molestia. ¿Por qué no puedo tomar una copa?

—¡Porque no me da la gana!

Y el dueño del *saloon* le señaló la puerta.

Una voz dijo entonces desde el umbral:

—Sírvale, tabernero. Yo pago el gasto. Quiero ver si ese tipo es capaz de beber como los hombres o no.

El que acababa de aparecer en el umbral era el *sheriff* Osorio. Se frotaba las manos porque fuera hacía frío. Entró y eligió él mismo la botella del *whisky* más fuerte.

Llenó dos vasos.

Y en cada uno de ellos disolvió la pólvora de dos cartuchos.

El suyo lo bebió de un trago.

Toda su cara cambió de color y todo su cuerpo se hinchó como si fuera a estallar de un momento a otro.

Pero eso duró muy poco. Inmediatamente la cara de Osorio recobró su color normal. Y tendió el vaso hacia la mesa donde estaba el del uniforme azul.

—Toma, desgraciado, bebe.

—¿Tengo que tragarme ese mejunje, *sheriff*?

—¿No has dicho que tenías sed?

—Sí, pero…

—¡Bebe!

El interpelado alzó el vaso y bebió de un trago.

También su cara cambió de color.

También pareció como si su cuerpo fuera a doblarse y a estallar.

Pero luego extrajo un nuevo mazo de cartas y las tendió sobre la mesa para hacer otro solitario.

Sus dedos no temblaban. Estaba tan tranquilo como antes.

Osorio le miró con atención.

—¿Quién infiernos eres? —preguntó.

—¿Por qué lo dice, *sheriff*?

—Creí que ibas a caer redondo al suelo.

—No había motivo. La bebida no era tan fuerte.

—¿Sabes qué te digo? Que no lo entiendo. Mis hombres son de piedra y ninguno ha soportado esa mezcla. No sé dónde demonios debes haberte criado tú.

—En el ejército.

—Hum… Me parece que eres un… un…

En aquel momento su voz se cortó. Acababa de oírse el trotar de varios caballos.

Muchos caballos.

El *sheriff* palideció.

Al tabernero se le cayó una botella de las manos.

Aquello no era normal.

Demasiados caballos para una población tranquila como Wembley, y más a aquella hora.

En cambio el exsargento no se inmutó.

Siguió haciendo su solitario como si tal cosa.

El ruido de los caballos cesó, pero fue sustituido por otro aún más inquietante.

Numerosos hombres descendían ante el saloon. Se habían detenido precisamente allí. Los batientes fueron empujados.

Alguien entró.

Y el tabernero dijo con un soplo de voz, mientras crispaba los dedos en el aire:

—Mike Reina…

CAPÍTULO VI

El famoso pistolero no entró en primer lugar. El hombre que en parte había asolado Oklahoma y que ahora volvía a estar en Kansas, hizo entrar a alguien delante de él: una muchacha a la que arrojó violentamente al centro del local, desde la puerta.

La chica iba solo a medió vestir.

Después de recibir el brutal empujón, vaciló en el centro del *saloon*, chocó con una mesa y terminó derribándola, rodando por el suelo con ella.

Era muy joven.

¿Diecisiete años?

Quizá ni a eso llegaría.

Y era tan bonita que hasta los ojos del dueño del *saloon*, a pesar de todo su miedo, brillaron al verla.

Mike Reina farfulló:

—Tú, pringoso… Hemos «cazado» a esta chica en un rancho cerca de Bristol. Quiero una habitación decente para mí y para ella. ¡Hale, arreando! ¡Prepárala enseguida si no quieres que te abra a balazos la cabeza!

El tabernero no chistó.

Se disponía a obedecer cuando de pronto se oyó aquella voz:

—La única habitación que tú tendrás será la de un velatorio, Mike Reina.

Era el *sheriff* Osorio el que había hablado.

El *sheriff* Osorio tenía todo, lo que hay que tener. Y muy bien puesto en su sitio.

Sabía que iban a liquidarle, porque los que estaban en el local eran más de doce hombres, y además había otros por la ciudad. Pero él no consentiría que delante de él hiciesen aquello. Era una

cuestión de conciencia.

De modo que añadió:

—No esperaba tener la suerte de encontrarte, Mike Reina. De modo que entrega tus armas. Date preso en nombre de la ley.

Mike Reina le miró como si viera visiones.

¿Qué le pasaba a aquel tipo? ¿Estaba borracho?

¿Es que no se había dado cuenta de que tenía con él a más de una docena de hombres?

Se pasó la mano izquierda por la boca.

—Lo único que puedo preguntarte es cómo quieres la tumba —gruñó.

—La quiero de mármol rosa.

—Tú eres el *sheriff* Osorio, ¿no?

—Para servirte en todo lo que necesites. Por ejemplo, para ponerte bien la «corbata» cuando estés en el patíbulo.

—Tú has bebido, maldito mamarracho.

—Pero estoy más sereno que jamás lo estuvo la puerca de tu madre.

El insulto hizo palidecer a Mike Reina. Inmediatamente hizo un gesto y dos de sus hombres, a los que Osorio no podía ni ver, porque le resultaba imposible controlarlos a todos, dispararon a la vez.

Su revólver se volatilizó en el aire antes de que llegara a tocarlo.

Se convirtió en papilla antes de salir de la funda.

Osorio palideció mortalmente.

Hubiera preferido mil veces una bala entre las cejas antes que aquello.

Sabía que iba a morir, pero sin humillaciones. Al contrario, caería como un valiente. Y ahora, al estar sin armas, al estar indefenso, se reirían de él. Terminarían matándolo después de humillarle como a un payaso enfermo.

Mike Reina rió.

Su risa era cascada y áspera.

—De rodillas, Osorio.

Osorio escupió al aire.

—De rodillas tu padre.

Alguien preguntó:

—¿Por qué no lo hacemos arrastrar por los caballos, jefe?

—Sería una muerte demasiado rápida. Quiero que sufra.

—Pues eso es fácil. Nos sobran métodos.

Mike Reina volvió a reír.

—Él se ha puesto nervioso al ver lo que iba a hacer con la chica… —susurró.

—Sí, eso es. La ha sacado de quicio.

—Pues la oirá gritar. Va a divertirse con eso antes de que lo ahorquemos. Porque será divertido… ¡Un *sheriff* ahorcado! ¡Un *sheriff* con estrella y todo! ¡Arreando, muchacho! ¡Atadle!

Osorio intentó defenderse. Los vio venir y se movió bien. A los dos primeros les arreó tales puntapiés que los riñones por poco les salen por la boca. El tercero recibió un gancho que lo envió contra la ventana. Pero no veía a los de su espalda y por tanto no pudo defenderse contra ellos. Varias culatas se abatieron sobre su cráneo. Osorio cayó de bruces, lanzando un gemido, mientras lo pateaban y escupían sobre él.

Le arrojaron salsa de tomate por la cara.

Le arrastraron por el local entre enormes risotadas.

Y por fin lo ataron a una silla. El *sheriff* tenía la cara tan ensangrentada, además de la salsa de tomate con que se la habían untado, que todas sus facciones eran una espantosa mancha roja.

Pero sus ojos aún estaban vivos.

Sus ojos aún miraban con desafío y con odio.

Mike Reina barbotó:

—Dejadlo ahí, al pie de la escalera. Quiero que oiga bien lo que sucede arriba.

Y fue a subir.

Pero de pronto vio a aquel tipo.

Aquel tipo en el que no se había fijado antes, porque ocupaba la mesa de un rincón.

Vio sus ojos de hielo.

Su uniforme azul.

Y sobre todo las manos finas, manos de pistolero, que descansaban sobre la mesa.

—Tú —dijo—, apártate.

—Tienes que esperar a que acabe este solitario.

—¡He dicho que te apartes!

—Ten un poco de paciencia. De este solitario dependen muchas

cosas, Mike Reina.

El pistolero barbotó:

—¿Qué es lo que depende?

—Casi nada… Nada menos que tu vida…

Capítulo VII

Mike Reina creyó que era una broma.

Aquel tipo tenía que estar borracho, aunque hablara con absoluta frialdad. Hay hombres que han bebido un barril de *whisky* y no se les nota. Aquel soldado joven, con el uniforme bastante usado ya, debía ser uno de ellos.

Por eso Mike Reina rió despectivamente.

Avanzó otro paso hacia las escaleras y miró a sus hombres.

—Podéis encargaros de él vosotros mismos, muchachos. Ahorcadlo junto con el *sheriff*.

Y fue a subir sin prestar más atención a aquel pobre loco que ya era simplemente un condenado a muerte.

Pero la voz de hielo le detuvo de nuevo.

—Espera, Mike Reina.

—¿Qué cuerno te pasa?

—He dicho que este solitario era muy importante para ti. Que dependía de él nada menos que tu vida.

—Sí, ya lo he oído. Y estás más borracho que una cuba, pero mis hombres te quitarán la borrachera con una ración de cuerda.

—Sólo he bebido un vaso de *whisky*, Mike Reina. Y para mí un vaso de *whisky* es menos que un biberón.

El pistolero se detuvo de nuevo en el primer peldaño.

No lo entendía.

Jamás le habían desafiado con tanta tranquilidad. ¡Y teniendo allí más de una docena de hombres! Si aquel soldado estaba bebido, la cosa podía tener una explicación. Pero si estaba sereno… ¡era que de repente se había vuelto loco!

Miró al *sheriff* Osorio.

Los ojos de éste también miraban con asombro al soldado.

Aún lo entendía menos que Mike Reina.

—Tú dices que no, Parker —masculló—, pero aquel vaso de *whisky* con pólvora ha tenido que volverte la cabeza al revés.

Mike Reina miró al *sheriff*.

—¿Quién es este soldado? —murmuró—. ¿Dices que se llama Parker?

—Exacto. Era un sargento de la Caballería —dijo Osorio en voz baja.

—¿Y le degradaron?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por cobarde.

Mike Reina lanzó una carcajada.

La situación era la más divertida con que se había encontrado en toda su vida de pistolero.

Masculló:

—De modo que por cobarde… ¡Y me desafía a mí cuando estoy rodeado por todos mis hombres!

—Déjalo —farfulló Osorio—. No hace falta que muera. Es como un pobre bicho. No te hará nada.

Las manos de dedos largos y ágiles alzaron un naipe sobre la mesa.

Era el último que faltaba para cerrar el solitario.

Y éste quedó terminado perfectamente.

Mike Reina no sabía lo que le sucedía.

Pero miraba como hipnotizado a aquella mesa, y sobre todo miraba los ojos de hielo del hombre que la estaba ocupando.

Éste susurró:

—El solitario ha quedado cerrado, Mike Reina. Lo siento.

—¿Lo sientes por qué?

—Porque ahora tendré que matarte. La única esperanza que te quedaba era que no encajase la última carta.

Mike Reina volvió a mirar incrédulamente al otro.

Era como para echarse a reír.

Pero había algo en aquellos ojos de plomo, en aquellos dedos largos y fuertes que le helaba la risa en la boca.

Sus hombres habían quedado como petrificados también.

Nada tan fácil como convertir en un colador a aquel hombre

solo, sentado a una mesa, y que se ofrecía ante ellos como un blanco propiciatorio.

Pero no podían.

Era como si estuviesen hipnotizados.

¡Como si soñaran!

Pero el más asombrado era Osorio.

Tan grande era su pasmo que había llegado a olvidarse de su trágica situación personal.

—No lo mates, Mike Reina —barbotó—. Déjalo. Está loco.

—Pues su modo de hablar indica que sabe lo que dice.

—Es un sucio cobarde. Tanto que no querían verlo en ningún sitio de la ciudad.

—¿Este tipo un cobarde? ¿Con esos ojos?

Uno de los pistoleros que estaban más cerca de la puerta susurró:

—Oye, Mike…

—¿Qué pasa?

—No sé, es algo extraño. Pero este tipo me recuerda a alguien.

—¿A quién?

—Hace poco tiempo vi un pasquín. Era el de un hombre reclamado en Wichita. Un hombre con un grueso bigote.

—¿Y qué?…

—No me hagas caso, porque puedo estar equivocado. Pero algo me dice que si a este hombre le pusiera un bigote postizo encima, se parecería mucho a aquél.

—¿Y… quién era?

—Un tal Donovan.

Una especie de soplo helado pareció pasar por el local.

Todos habían oído hablar de Donovan. Todos sabían algo del extraño pistolero que hizo una matanza en Wichita.

Sobre todo Osorio.

Ahora, de repente, el *sheriff* se daba cuenta de muchas cosas.

Le parecía increíble no haberlo pensado antes.

Musitó:

—No es posible…

El hombre vestido de azul tenía las manos tan quietas como antes, igual que si la cosa no fuese con él.

Pero sus ojos se habían clavado ahora en el *sheriff* Osorio.

—No le extrañe —dijo—. Usted se encontró con un hombre vestido de soldado y al que todo el mundo despreciaba por cobarde. ¿Cómo iba a fijarse en mí? ¿Por qué iba a imaginar que, poniéndome un bigote encima, yo podía ser el pistolero Donovan?

Osorio estaba más petrificado cada vez.

Ya ni siquiera notaba el lento fluir de la sangre por su cara.

—Si fingí ser un sargento degradado y preferí pasar por un cobarde —continuó Donovan—, fue para que nadie me relacionara ni remotamente con un pistolero buscado en todo el Oeste. Un uniforme falso y una fama de gallina me podían dar mayor seguridad que cien camuflajes en la cara. Y si estaba en Wembley era porque por aquí iba a pasar un ferrocarril dentro de un día. Podría huir en él… ¡y en paz! Nadie conseguiría echarme jamás el guante.

Osorio se mordió el labio inferior.

Dijo con un soplo de voz:

—Podías haber pasado desapercibido, Donovan. Podías haber salvado la piel solo apartándote cuando Mike Reina te lo ha dicho. Incluso yo, tu principal perseguidor, iba a morir. ¿Por qué lo has hecho, Donovan? ¿Por qué? ¿Es que te has vuelto loco?

Donovan no se movió.

Todos los ojos estaban clavados en él.

Pero el pistolero fingía no darse cuenta, como si estuviera solo en el *saloon*.

—Para salvarme yo, tenía que dejar que mataran a esa pobre muchacha —dijo con voz metálica—. Y yo seré cualquier cosa, de perro rabioso para arriba, pero no soy un cobarde. Yo no consentiré que esta chica sea ultrajada y colgada. A todos los lobos hambrientos que maté en Wichita los envié al otro barrio también por defender a una mujer. No, Osorio, no iba a estarme quieto por salvar mi pellejo. No iba a dar la razón a los que estos días me han estado llamando cobarde…

Osorio abrió la boca.

Le faltaba el aire.

Nunca se había encontrado ame un caso igual.

Pero su voz fue lenta y seca al decir:

—Los dos moriremos aquí, Donovan, de modo que esta amenaza que te hago ahora no tiene ningún sentido. Pero óyeme bien,

pistolero: si por cualquier casualidad salimos vivos de aquí, yo te seguiré persiguiendo aunque sea hasta el fin del mundo. Para la ley eres un asesino, y yo represento a la ley. Lo demás no me importa. De modo que, si sales vivo, seguirás siendo un condenado, Donovan. No habrá piedad para ti. Te perseguiré y te colgaré aunque sea en el infierno.

Donovan ni siquiera parpadeó.

Sólo dijo suavemente:

—No se preocupe, Osorio. No saldremos de aquí con la piel entera. Pero si cree que eso me importa… ¡al diablo!

—¡Al diablo! —gritó Osorio.

No sabía por qué, pero estaba entusiasmado.

Le habían atado las manos al respaldo de la silla, pero tenía libres los pies.

Los movió.

¡Y de qué manera!

El pistolero que estaba más cerca recibió tal golpe en las posaderas que voló materialmente hacia la mesa en que se encontraba Donovan. Y con su caída sirvió más o menos de escudo, al interponerse entre éste y los pistoleros de Mike Reina.

Fue entonces cuando pareció desencadenarse el infierno.

Fue entonces cuando todo el mundo pareció disparar a la vez.

Pero el pistolero que había caído enfrente de Donovan, tapándolo parcialmente, le salvó la vida muy en contra de su voluntad.

Quedó materialmente acribillado.

Además Donovan ya no estaba en el mismo sitio. Había patinado debajo de la mesa, volcando un par de sillas y llevando la derecha hacia el revólver de reglamento que descansaba en su funda.

Era un seis tiros de calibre pesado apto para los blancos a gran distancia. Cada uno de sus disparos parecía un auténtico cañonazo.

Se oyó un estruendoso «BRAAAAM».

La bala había surgido de debajo de una de las mesas, e iba dirigida a Mike Reina. Pero éste se cubrió tras uno de sus hombres, el más cercano a la escalera. Mike Reina siempre se había distinguido por su crueldad y por su astucia, pero no por su valor.

La cabeza del pistolero se abrió en dos pedazos.

Los otros habían disparado todos hacia el mismo sitio.

La mesa donde antes estuvo Donovan y el pistolero que en parte la cubría ahora, quedaron hechos pedazos.

Por unos segundos dio la sensación de que en el *saloon* se estaba librando un auténtico duelo de artillería.

Los cristales saltaban hechos añicos.

Las paredes se cuarteaban.

Las botellas quedaban reducidas a polvo y las lámparas saltaban hechas pedazos, amenazando con provocar un incendio.

Donovan era el único que conservaba la serenidad. El único que no se inmutaba, tal vez porque estaba seguro de que no iba a salir vivo de allí.

Disparó de nuevo. Era facilísimo elegir blanco entre los pistoleros que llenaban el *saloon*. No había más que apuntar al bulto y tirar. La bala perforó la nuca de otro de los hombres de Mike Reina.

Éste gateaba por las escaleras, intentando librarse de la muerte. Osorio le increpó:

—¡Sucio cobarde!

—¡Matadlooooo! —aulló Mike Reina desde arriba—. ¡Repasadlo al cuchillo! ¡Liquidadlo de una veeeeez!…

Uno de sus hombres fue a cumplir la orden. Un espectacular «Bowie-Knife» de ancha hoja fue en busca de la garganta del *sheriff*.

Pero éste seguía teniendo las piernas libres, y las empleó bien. El doble punterazo envió al forajido bien lejos, metiéndole materialmente en el campo de tiro del mortífero revólver de Donovan. Éste apretó el gatillo otra vez.

—¡BRAAAAAM!

La bala alcanzó al pistolero tan de lleno que lo clavó materialmente en la pared, como una mariposa queda clavada en el álbum. Todos los demás corrieron en las direcciones más opuestas.

Por un momento habían perdido la serenidad.

El ver que su jefe huía les daba la sensación de estar enfrentándose a un verdadero diablo.

Donovan hizo girar el revólver un poco.

Había un pistolero, más sereno que los demás, que intentaba batirle desde arriba, desde media escalera. Ése era el único que podía verle y podía disparar contra él con cierta seguridad. Pero la bala de Donovan le hizo pegar un terrible brinco y rodar hacia

abajo, convirtiendo en astillas una parte de la baranda.

Donovan abrió el cilindro del revólver.

No parecía ponerse nervioso por nada. Estaba tan impávido como si se encontrase en unos ejercicios de tiro.

Como llevaba los bolsillos llenos de balas, repuso los plomos que faltaban en su revólver.

Ese momento —terriblemente peligroso para él— duró apenas unos segundos.

Los pistoleros de Mike Reina, mientras tanto, seguían corriendo en todas direcciones. Un par de ellos tuvieron la suficiente inteligencia para parapetarse tras la barra, o al menos para intentarlo.

Pero al mismo tiempo tuvieron la mala suerte de llamar la atención de Donovan.

Éste comprendió que resultaban los más peligrosos.

Movió el «Colt».

¡BAAANG! ¡CRAAACK!

Las dos cabezas produjeron un sonido distinto, aunque fueron atravesadas por el mismo sitio. Uno de los pistoleros quedó atravesado sobre la barra, mientras el otro patinaba hacia la puerta.

En ella había dos pistoleros más.

Habían comprendido que, tirando desde fuera, podrían ver mejor a Donovan y liquidarlo sin peligro. Lo malo para ellos fue que Donovan lo comprendió también. Y Donovan estaba protegido, mientras que los dos sicarios se encontraban de pie en la puerta.

Fueron materialmente barridos por el plomo.

Dieron dos terribles saltos mientras los batientes, como impulsados por un viento mortífero, chocaban contra sus cabezas.

Mike Reina ya había desaparecido en el piso superior.

Tres hombres trataron de seguirle.

Donovan, como no podía entretenerse en cargar su revólver de nuevo, tomó el «Colt» de uno de los muertos. Empezó a disparar contra los peldaños más altos e hizo resbalar las balas hacia los más bajos. Los tres hombres quedaron quietos en las escaleras. Su sangre empezó a gotear junto a la baranda, pero ninguno de ellos podía ya darse cuenta.

El *sheriff* Osorio estaba impresionado.

Entusiasmado, sería la palabra exacta.

A pesar de saber que iba a morir, porque las balas silbaban por todas partes, jamás había vivido un momento más excitante. Para él, era aquél un espectáculo glorioso. Tenía ganas de lanzar un «Hurra» por cada nuevo individuo que veía caer.

Pero de pronto todo cesó.

Cesó con una rapidez fulminante, con tanta rapidez como había empezado.

Los pistoleros de Mike Reina estaban huyendo por las ventanas atropelladamente, como ratas acosadas.

Sólo se preocupaban de salvarse.

Uno de ellos se volvió para disparar, pero aquél fue su último gesto. Sintió como un mazazo en el cráneo mientras la bala le penetraba por entre las cejas. Y los otros desaparecieron para arrojarse incluso debajo de los caballos que había en el amarradero.

Nunca se habían enfrentado a un demonio igual.

A un hombre como Donovan, que parecía haber nacido para matar.

Osorio estaba boquiabierto.

Tampoco había visto jamás una cosa parecida.

Y cuando Donovan se acercó a él, con el «Colt» en la mano, murmuró:

—Debería hacerte un monumento.

—Me parece muy bien, *sheriff*.

—Y te lo haré.

—Eso aún me parece mejor.

—Pero será un monumento funerario.

—Doy por descontado que tú no descansarás hasta que me mates, Osorio.

—Según la ley, debes morir. Y yo obedezco a la ley.

—No eres muy agradecido, que digamos.

—Has hecho mal en salvarme el pellejo. En cuanto pueda, te arrancaré a tiras el tuyo.

Donovan no contestó.

Segó de un balazo el nudo principal de las cuerdas que sujetaban al *sheriff*.

—Ahora voy a largarme, Osario —dijo—. Voy a irme de esta cochina ciudad. No quiero matarte, puesto que mi intención es sólo huir. Pero si haces algo por perseguirme antes de una hora, te juro

que te vuelo la tapa de los sesos, condenado *sheriff*.

Osorio rechinó los dientes.

—No te preocupes; tendrás una hora de ventaja. Pero daré contigo aunque te escondas en el fin del mundo.

Dio la sensación de que Donovan no le había oído siquiera.

Hizo una seña a la muchacha raptada por los forajidos. No había recibido ni siquiera una rozadura de bala, pero estaba petrificada de horror. Caída junto a la escalera, era incapaz de mover un solo dedo.

—Vete de aquí, muñeca —dijo Donovan—. Lárgate antes de que a esos perros se les ocurra volver.

Por el momento no se oía ya a ninguno de los esbirros de Mike Reina.

Parecía como si se los hubiera tragado la noche.

Donovan saltó ágilmente por una de las ventanas de la parte posterior y se hundió también entre las sombras. Osorio entrecerró los ojos. Nunca había tenido un enemigo como aquél.

Pero eso le hacía sentir más ganas de ser él quien lo matase.

Prince acababa de recibir el zapatazo de la mujer cuando oyó el ruido de alguien que ascendía pesadamente por las escaleras.

Conocía bien aquellas pisadas. Sólo su padre caminaba así. Eso significaba que debía haberles oído y subía a ver qué ocurría.

Esther le miró expectante.

—¿Qué pasa? —bisbiseó.

—Es él…

—¿Tu padre?

—Sí. Debe habernos oído.

—¿Tú crees que conviene que nos vea ahora?

—Será mejor que afrontemos las cosas cara a cara —dijo Prince —. De todos modos tenía que presentarle como mi mujer; este momento es tan bueno como cualquier otro.

Ella hizo un gesto instintivo de retroceso, pero ya no le sirvió de nada. El padre de Prince acababa de llegar al pasillo y los había visto.

Era un anciano de aspecto respetable, muy distinto del cara dura de su hijo. Pero no por ello daba la sensación de un hombre paciente y bondadoso. Más bien tenía aspecto de mal humor, la verdad.

Llevaba un diario doblado bajo el brazo.

Miró a Prince.

—Caramba, querido hijo… ¡Qué alegría verte por aquí!…

—Hola, amado padre.

—¿Qué pasa que estás tan cariñoso? ¿Van a meterte en la cárcel por deudas?

—No, amado padre. Sólo he venido para darte cuenta del acontecimiento más feliz de mí existencia.

—¿De veras? ¿Y qué acontecimiento es ése? ¿En lugar de meterte en la cárcel quieren ahorcarte tal vez?

—Amado padre, no es momento de bromas.

—Pues dime a qué has venido.

—A presentarte a mí mujer.

El anciano parpadeó.

Sus ojos se clavaron en Esther.

—¿Es ésta?

—Por descontado que sí. ¿Qué te parece? ¿Verdad que es bonita?

—Hum… Mucho. ¿Cómo se llama?

Prince vaciló.

Ya no se acordaba del nombre de la chica.

Preguntó confusamente:

—¿Cómo te llamas, querida? Con la emoción del momento, ¿sabes?, yo… Pero ahora ya me acuerdo. Te llamas María.

—Me llamo Esther.

—Ah, cuerno.

Y volvió sonriente la cara hacia su padre.

—Esther o María, lo mismo da. Nos hemos casado hace apenas unas horas. ¿Verdad que es estupenda?

—Tienes razón, hijo; es muy guapa.

—Celebro que pienses como yo.

—Sólo hay un inconveniente.

—¿Un inconveniente?

—Sí, uno solo.

—¿Cuál?

—Que voy a romperte la crisma.

—Pero, amado padre… ¿por qué?

—Da la casualidad de que yo recibo los periódicos.

—¡Qué bien!

—Y los periódicos han empezado hace poco a publicar algunas fotografías en sus páginas.

Prince palideció.

—No sé qué quieres decir…

—No, ¿eh? ¡Pues mira!

Y el anciano abrió el que llevaba bajo el brazo, mostrándolo ante los ojos asombrados de Prince.

Allí estaba el retrato de Esther.

Un retrato a gran tamaño.

Y debajo unos titulares que decían:

TRASLADADA A WEMBLEY
PARA ENCONTRARSE CON LA HORCA

Prince leyó aquello, se abrieron mucho sus ojos y al fin lanzó al aire una risita de conejo.

—He debido confundirme, claro. Ya lo decía yo. Mi esposa se llama María. A ésta la he traído por equivocación.

—¡Tú la has ayudado a escapar! ¡Seguro que venía en el tren correo de Wembley!

—Pues… pues no lo sé. Ya te he dicho que…

—¡Habla de una vez! ¿La has ayudado a escapar o no?

—En realidad el tren ha descarrilado. Ella ha escapado sola.

—Y tú la has ayudado trayéndola hasta aquí. Muy bien, hombre, muy bien. Esto puede costarnos diez años de cárcel, pero tú has pensado que me darías gato por liebre y cobrarías parte de la herencia, ¿no? ¡Otra de tus ideas geniales! ¡Ir de cabeza a la cárcel con tu propio padre! ¿Pues sabes lo que te digo?… ¡Largo los dos de aquí! ¡Largo! ¡No os quiero ni un minuto más en mi casa! ¡No quiero volver a veros en mi vida!

—Calma, hombre, calma —dijo Prince—. Por una vez que me dedico a una sola mujer…

—¡Fuera!

—Al menos danos un caballo a cada uno.

—¡Si es para largarte, puedes coger los dos caballos más veloces que tenga!

Pese a que los gritos iban dirigidos a Prince, era Esther la que se sentía más confusa ante aquella situación. Miró hacia el fondo del pasillo y dijo con un soplo de voz:

—Vamos…

Prince la tomó muy dignamente del brazo, como hubiera hecho un marido ofendido en su honor.

—Sí, vámonos —dijo—. Vámonos ya que aquí se niegan a admitir al heredero de la casa.

—¡Pero qué heredero ni qué cuerno! ¡No cobrarás ni un níquel! ¡Largo de aquí! ¡Fuera!

Los dos se encontraron junto a la cuadra sin saber cómo.

Esther tenía la sensación de vivir una pesadilla.

Al menos, mientras viajaba en el correo de Wembley, sabía lo que le iba a suceder. Sabía que iba a la horca. Era una realidad desgarradora, pero concreta. Una realidad a la que ya se había acostumbrado incluso. Mientras que ahora le parecía ser una hoja arrastrada por el río, sin saber adónde la llevaban, pero teniendo de todos modos la absoluta seguridad de que al final desembocaría también en el patíbulo.

Prince eligió dos caballos, los ensilló y la ayudó a montar.

—¿Pero adónde vamos? —musitó Esther.

—No lo sé —dijo él—, pero necesito ganar dinero. Vamos a cualquier sitio donde haya un dólar, un mazo de naipes y una mesa.

CAPÍTULO IX

Donovan, que había dejado de ser ya el exsargento Parker, salió del almacén de ropas que había en el centro de la calle principal. Como todas las tiendas de la ciudad, estaba cerrada a aquella hora, y más encontrándose en Wembley la banda de Mike Reina. Pero Donovan la había hecho abrir para comprarse unas ropas vaqueras, un sombrero nuevo y un cinturón-canana lleno de balas. En cuanto a revólver, prefería seguir usando el «Colt» de largo cañón reglamentario en el ejército.

Ahora sólo le quedaba por hacer una cosa:

Largarse de la ciudad a toda prisa.

No permitir que Osorio le echara otra vez el ojo encima.

Mientras se disponía a robar un caballo —sí podía llamarse «robar» a apoderarse de la montura de uno de los pistoleros muertos — oyó otra vez los leves gemidos de una mujer detenida en una esquina.

Recordaba haberle oído llorar antes en otro sitio: en la estación de Wembley. Era la mujer cuyo hijo se estaba muriendo y para el que las medicinas salvadoras no llegarían ya nunca.

Donovan decidió no hacer caso.

Ya sabía que era un caso triste, casi patético, pero no era asunto suyo.

Cada día mueren muchas personas en el mundo.

Niños también.

No se puede hacer nada.

La mujer no reconoció en él al exsargento Parker. Musitó:

—Señor…

—¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Tiene noticias? ¿Sabe si llegará al fin el correo de Wembley?

—Me temo que no, señora. Me temo que ya no llegue.

—Dios mío…

—¿No ha mejorado su hijo?

—¿Cómo va a mejorar? Está agonizando.

—¿Y las medicinas que llegaban en el tren podrían salvarle?

—El médico dijo que sí. Dijo que eran el único remedio.

—Lo siento, señora. No creo que pueda hacerse nada.

Ella ya no gimió.

No tenía fuerzas ni para eso.

Se apoyó en la pared y resbaló poco a poco hacia el suelo, al fallarle del todo las fuerzas.

Donovan la sostuvo para que no cayera.

Se sentía angustiado ante lo que estaba ocurriendo, pero comprendía que era imposible hacer nada.

Sólo para consolarla preguntó:

—¿Qué edad tiene su hijo, señora?

—¿Y eso qué importa? ¿Qué más dan cinco años que seis o siete? Es sólo un niño… ¡Un niño que no debe morir! ¡Que no tiene que estar agonizando por culpa de unos malditos pistoleros!

—Nada se puede hacer, señora.

—De todos modos les perdono… —dijo ella como si rezase—. No quiero que nadie sea castigado. Sólo pido a Dios que mi hijo se salve.

—Se salvará; tenga confianza.

La mujer no tuvo fuerzas para contestar.

Sólo anduvo por la calle, pegada a las paredes, hacia una ventana débilmente iluminada.

—Voy a acompañarle —fue todo lo que musitó, como si de repente hubiera perdido su fe. —No quiero que muera solo.

Donovan la siguió como si estuviera hipnotizado.

No sabía bien por qué, pero le penetraba muy hondo el dolor de aquella mujer.

A través de la ventana vio al niño. Tuvo la sensación de que jamás olvidaría aquella escena. El niño debía sufrir mucho, aunque los cristales impedían oír sus gemidos. Su frente aparecía empapada en sudor y sus labios estaban curvados en un gesto de infinito abatimiento.

Donovan cerró los ojos.

Aquello le hería hasta lo más hondo, le hería como un cuchillo envenenado.

Sacudió la cabeza como si quisiera borrar de ella aquella dolorosa imagen.

Montó a caballo y se alejó de Wembley. No quería volver más allí. Su plan de huida en el tren —lo único que hubiera podido llevarle bien lejos— había fallado, pero de todos modos pensaba estar ya al amanecer a muchas millas de distancia.

Galopó durante parte de la noche.

El corcel que había elegido era extraordinario.

Hizo en dos horas más camino que el otro caballo hubiera podido hacer en cuatro.

Y en lo más cerrado de la noche vio en la llanura unos puntitos de luz.

Tenían que ser un villorrio, pero no imaginaba cuál. Donovan no conocía aquella comarca tan bien como otras. De todos modos se acercó al lugar porque necesitaba comprar unas provisiones y dar descanso a su caballo.

Todo estaba cerrado.

Daba una sensación extraña.

De que la ciudad entera hubiese quedado sin habitantes.

Sólo un viejo herrero repasaba una carreta en su taller, a pesar de lo avanzado de la hora.

Donovan se aproximó a él.

—Abuelo, ¿qué cuerno pasa aquí?

—Todos han ido a ayudar a las víctimas del tren. El descarrilamiento del correo de Wembley se ha producido a no mucha distancia. Yo reparo esta carreta para hacer un viaje también, por si es necesario traer a alguien.

—De modo que no queda apenas nadie en la ciudad…

—Apenas nadie.

—¿Dónde podría comprar unas provisiones y beber un trago mientras descanso mi caballo?

—Vaya al almacén de Sturgess, ahí a la vuelta de la esquina. Con todo este jaleo, él tampoco ha cerrado. Tiene de todo lo que usted necesite.

—Gracias, abuelo.

Y Donovan se dirigió hacia allí.

El rótulo indicaba:

STURGESS-SALOON. —GENERAL STORE

Es decir, era uno de esos comercios en que hay de todo, y que aún abundan hoy día en el Oeste de Estados Unidos.

Donovan se apeó de su caballo y entró por la parte correspondiente al almacén.

No se veía a nadie.

Pero parecía oírse un leve rumor al fondo del pasillo, y Donovan siguió por allí.

Hubiese podido apoderarse tranquilamente de todo lo que le hacía falta, porque nadie vigilaba las mercancías apiladas. Pero no quería buscarse más líos, de modo que siguió la huella que le marcaba aquel leve rumor.

Al estar más cerca notó que era un susurro de ropas.

El roce de unas telas.

Sin necesidad de empujar ninguna puerta, puesto que todo estaba abierto, se encontró en una habitación que debía ser algo así como un probador porque había un gran espejo. Eso no tenía nada de raro en un sitio como aquél, puesto que en el almacén se vendían prendas de ropa confeccionadas.

Pero Donovan no se fijó en eso.

Se fijó en algo mucho más interesante para él.

La mujer.

¡Cuerno, qué mujer!

¡Y cómo estaba!

Realmente la *girl* que se encontraba en el probador hubiera llamado la atención por muchos motivos, en especial por su juventud y su belleza. Pero había uno de los que marean a cualquier hombre: mientras se probaba los vestidos, no llevaba encima más que unas pocas —y mínimas— prendas interiores. Pese a que éstas eran de muy escasa calidad, la belleza sensacional de la chica suplía ese defecto.

Sólo en el último momento se dio ella cuenta de que alguien estaba allí, mirándola.

Se sobresaltó.

El vestido que sostenía en las manos, y que acababa de quitarse,

resbaló hasta el suelo.

—Yo me quedaría como está —susurró Donovan—. La verdad es que no necesita nada.

La muchacha se cubrió apresuradamente lo mejor que pudo.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —farfulló.

—Perdone, pero ha sido una casualidad. Yo buscaba al dueño de todo esto.

—Lo verá en la sala que hay a la derecha, y ahora váyase.

Donovan cabeceó.

—No debiera usted exhibirse tanto, hermana, —susurró.

—¿Lo dice porque se me ven las piernas? No es culpa mía. Creí que estaba sola.

—Lo digo por otra cosa. Pero, en fin, no es asunto mío. Sólo le aconsejo que no se exhiba tanto y que se largue cuanto antes.

Y dio media vuelta para alejarse de allí.

Pero ella le detuvo con su voz:

—Por favor, oiga…

—¿Qué hay, muñeca? ¿Va a probarse otro vestido?

—Quiero saber por qué me ha dado ese consejo.

—Por nada.

—Parece como si me conociera.

Donovan sonrió levemente.

—Tal vez sí. Y ya puestos en este plan le diré que durante dos días estuve semiencerrado en una estación podrida de un sitio podrido llamado Wembley. Allí no hacía apenas nada, excepto solitarios, mientras esperaba el tren que me sacase de aquella zona. Pero es increíble la cantidad de cosas que se depositan en una estación, en espera de que el tren llegue. Sobre todo periódicos llegados de toda la comarca, ¿sabe? Y algunos periódicos ya publican fotografías. Fotografías, por ejemplo, de una mujer que iba a ser ahorcada en Wembley.

Esther cerró un momento los ojos.

Y susurró:

—Al parecer bastantes personas han visto ese periódico. En fin, ahora le he comprendido muy bien. Y celebro que no sea usted el *sheriff*.

—¿Por qué iban a ahorcarla precisamente en Wembley? Aquello no es capital de condado. ¿Por qué demonios precisamente allí?

—En el sitio en que me condenaron había bastante gente que no quería que yo fuese ejecutada —susurró Esther.

—Lo comprendo. Desaprovechar una chica así…

—No era sólo eso. Bastantes personas sostenían que las pruebas de mí delito no eran lo bastante concluyentes.

—¿Pero usted lo cometió?

—Sí.

—¿Y por qué no lo dijo a los que querían salvarla?

—Hubiese resultado inútil. Muchos pensaban que yo era víctima de una especie de conspiración. En vista de ello, y para evitar conflictos, el gobernador decidió que fuese ejecutada bien lejos, en un punto perdido llamado Wembley.

Donovan cabeceó de nuevo.

Entendía muy bien la reacción de los hombres que habían visto condenar a Esther.

Una chica tan bonita como aquélla, y con unos ojos tan inocentes, no debía ir a la horca.

Claro que ya se sabe que la ley es igual para todos, pero… ¿quién impide que la gente sea sentimental?

—Supongo que se ha salvado gracias al descarrilamiento —murmuró Donovan.

—Sí.

—¿Quién la ha traído hasta aquí?

—Un hombre. Un jugador profesional.

—Pues lárguense los dos. No pierdan tiempo.

Y se dirigió a la sala que le había indicado la mujer. En ella brillaba una potente luz que se derramaba sobre una mesa.

Dos hombres estaban sentados a ella. Uno debía ser Sturgess, el dueño del almacén, porque aún llevaba un delantal como los usados por los tenderos. El otro tenía aspecto de tahúr elegante, y no le faltaba ni un solemne chaleco floreado.

Había una pila de dinero sobre la mesa.

Pero el montón de dinero estaba todo en el lado de Sturgess.

O éste era más listo que el tahúr, o el tahúr estaba nervioso. Al parecer iba perdiendo todo lo que tenía.

Donovan se situó ante la mesa.

—Amigo —susurró mirando al tahúr—, parece que no le marchen muy bien las cosas.

—Hum…

Sturgess preguntó:

—¿Quién es usted?

—Un cliente. Atiéndame cuando pueda.

—Deje que gane esta mano.

Y Sturgess la ganó.

Prince, pues él era el tahúr, naturalmente, se pasó una mano por los ojos. Estaba terriblemente pálido.

—No he tenido suerte —murmuró—. Ya no me queda nada.

Donovan cabeceó con un gesto comprensivo.

—Necesita usted dinero, ¿verdad?

—Sí. Lo necesito a toda costa.

—No se debe jugar cuando uno está angustiado porque sabe que gasta su último dólar. Uno no domina sus nervios y no coordina bien.

—Eso es cierto, y yo soy el primero en saberlo, pero ¿qué quiere? Siempre he vivido del juego. Y la única persona que ha querido arriesgarse a una partida conmigo ha sido Sturgess. Pero ya ve: es más listo que yo.

—La chica que está en el probador, ¿va con usted?

—Sí. ¿La ha visto?

—Claro, pero no se asuste. No voy a decir nada a nadie.

—¿Entonces sabe qué…?

Donovan dirigió una rápida mirada a Sturgess, que contaba el dinero sin preocuparse de nada más. Por lo visto el tendero no se había enterado de la identidad de la chica.

—Si quiere dinero, puedo prestárselo —murmuró Donovan—. Entiéndame. Dinero para que pueda largarse pronto de aquí.

—¿Usted es rico?

—No, ni mucho menos. Pero puedo ayudarle para que a la chica no le ocurra nada.

—Nunca he aceptado dinero a préstamo —susurró Prince—. Sólo he estafado a mí padre.

Donovan rió.

—Yo también puedo dejarme estafar.

—Me dejará más tranquilo si permite que le gane una partida. De ese modo no tendré que devolverle el dinero. Claro que tampoco hubiera podido devolvérselo.

Sturgess ya se había levantado. Donovan ocupó su lugar, dispuesto a dejarse ganar y así tranquilizar la «conciencia profesional» del tahúr, al que no le gustaba aceptar dinero a préstamo.

Puso todo lo que aún le quedaba: ochenta dólares.

—Le permitiré llegar lejos si lo administra bien —murmuró Donovan.

—Ya lo sé. Pero yo también he de jugarme algo. Y no tengo dinero…

—No importa.

—¿Puedo jugarme una información? Una información que usted podrá aprovechar, ya que tiene pinta de pistolero.

—¿De qué se trata?

—Si me gana se lo diré.

Donovan se encogió de hombros.

—De acuerdo, usted reparte.

La verdad era que Donovan quería perder, pero se sabe que el hombre propone y los naipes disponen. Nunca le había caído en las manos un juego tan sensacional como aquél. Descartó para perder, y las cartas que le vinieron a los dedos aún fueron mejores que las que tenía antes.

Palideció.

Prince, que estaba más nervioso cada vez y con verdadera ansia de ganar, pidió que enseñaran el juego, ya que ninguno de los dos podía pujar.

Con un gesto de desaliento, Donovan dejó las cartas sobre la mesa.

Había ganado.

Prince barbotó:

—Vaya… Ésta no es mi noche.

—Repito que no conviene jugar cuando uno está nervioso.

—De acuerdo: Usted se queda con el dinero y además le daré la información. Verá… Huyendo hacia aquí me he encontrado con un grupo de cuatro hombres. Ellos no me han visto, pero yo a ellos sí. Viajaban en el tren correo de Wembley y antes de que descarrilara. Yo recorrí todos los vagones y los vi perfectamente. Ahora, cuando he tropezado con ellos, estaban sanos y salvos, pero llevando entre todos una gran caja. Una caja con el sello del Gobierno.

—¿Y qué?

—Amigo mío, usted lo imagina mejor que yo. Una caja con el sello del Gobierno y transportada en un tren con escolta, tiene grandes posibilidades de contener oro. Y si los que se la quedan son cuatro forajidos, las posibilidades se convierten en seguridad absoluta.

Donovan entrecerró los ojos.

¡Demonios!

Tenía que ser la caja de la que había oído hablar en Wembley.

¡La caja con los cincuenta mil!…

—¿Por dónde iban? —susurró.

—Ya sabía que usted aprovecharía esa información.

—¿Por dónde iban? Necesito saberlo.

—Se acercaban a este villorrio. Lo que pasa es que yo he llegado antes.

—¿Y por qué no les ha preparado una trampa y se ha apoderado usted del oro?

Prince rió.

—¿Yo?… ¿Es que me ha visto bien, amigo? Yo soy un jugador, pero no un pistolero. Además, no me convence eso de cuatro contra uno. Necesito dinero, pero sólo sé ganarlo con los naipes.

—Esta vez no le ha salido bien.

—Otro día será.

—De todos modos puedo hacerle un préstamo —dijo Donovan—. Insisto en que me apañaré solo.

Y de pronto alzó los ojos.

La muchacha estaba allí. Lo había visto todo.

Ya no llevaba las prendas que recordaban al penal del cual la habían sacado. Ahora lucía un vestido azul que encajaba maravillosamente en su figura. También se había peinado y parecía completamente distinta. Donovan tuvo que reconocer que en muchos años, quizá en toda su vida, no había visto una mujer como aquélla.

—Al menos pagaré yo ese vestido —susurró.

Sturgess dijo desde el pasillo:

—Son diez dólares.

Donovan los dejó sobre la mesa y se puso en pie.

—Tome, amigo —dijo a Prince—. Tome veinticinco dólares más,

compre algunas provisiones y salga pitando antes de que la gente vuelva y se fije en ustedes. Es un consejo.

Prince tomó los veinticinco pavos.

—Gracias. Algún día se los devolveré. Soy un sinvergüenza, pero también sé agradecer los favores que me hacen.

—No piense en ello.

—De todos modos recuerde mi nombre. Me llamo Prince. Y usted es Donovan, claro.

El joven apretó los labios.

—¿Lo ha sabido desde el primer momento?

—Sí, porque yo soy muy buen fisonomista. A pesar de la falta del bigote, a mí no me ha engañado. ¿Por qué cree que le he dado el informe acerca de esos cuatro pistoleros que llevaban la caja? ¿Cree que a un cualquiera se la hubiese dado?

Donovan guardó el resto del dinero, que era lo único que le quedaba para tratar de llegar bien lejos de allí.

—No es mucho —dijo Prince.

—No, pero pienso ganar más.

—¿Cómo piensas ganarlo?

Donovan retrucó con otra pregunta:

—¿Para quién iba destinado el dinero de esa caja?

—Creo que eran las reservas de la compañía ferroviaria.

—Pues entonces voy a ganarme cincuenta mil pavos más o menos —dijo Donovan—. No me importará dejar a esa bendita compañía sin sus reservas. ¿Sabe, Prince? A mí me gustan los caballos y me fastidian los ferroviarios. ¿Qué le voy a hacer? Soy anticuado…

Y salió del local sin querer mirar por última vez a la muchacha. Porque, con lo bonita que Esther estaba aquella noche, si la vuelve a mirar se queda…

CAPÍTULO X

Los cuatro hombres depositaron la caja en el suelo de la choza. Era una rústica construcción que solían emplear los leñadores cuando trabajaban en aquella zona. Había allí un par de mantas apolilladas y una lámpara de aceite que fue lo único que emplearon los forajidos. A su débil resplandor, se dispusieron a abrir la caja y repartirse el botín, antes de largarse por los cuatro puntos cardinales.

—Será mejor que nos separemos —dijo Charlie—. Así será mucho más difícil que den con nosotros.

—Pero nos tenemos que reunir dentro de dos meses para dar otro golpe.

—Me parece perfecto. Dentro de dos meses ya se habrá olvidado todo.

—Hum… Hay cosas que no se olvidan.

—¿Por ejemplo, qué?…

—Por ejemplo el haber liquidado a un federal. Nosotros lo hemos hecho.

—Ése es otro asunto.

—Pero nos perseguirán por él hasta el fin del mundo.

—¿Y por qué demonios creéis que vamos a largarnos cada uno en una dirección? ¡Es para que sea más difícil dar con nosotros! ¡Y dentro de dos meses nos reuniremos bien lejos de aquí, por ejemplo, en San Antonio de Texas!

Todos estuvieron conformes con aquellas últimas palabras.

En Texas nadie les buscaría.

Abrieron la caja y vieron las barras de oro fino. Pero también vieron algo más.

—¿Qué cuerno es eso?

—No sé; parece un paquete.

—¿Y qué hay en él?

—¡Cuidado! ¡No sea algo que explote!

Fue Charlie quien lo abrió.

—Aquí sólo hay unas zapatillas y una botellita con un líquido —dijo.

—¿Y ese líquido no será nitroglicerina?

—¡Qué va, hombre, qué va!

Y Charlie lo sopesó en sus manos, haciendo saltar la botellita en el aire.

Pero nadie se fiaba.

Charlie había hecho más de un desastre y no se comprendía ni siquiera cómo diablos seguía vivo. Sus compañeros se arrojaron a tierra.

Y fue entonces cuando sucedió.

Fue entonces, al alzar los ojos para ver lo que sucedía con la dichosa botella, cuando distinguieron los pies detenidos en el umbral. Y cuando vieron también algo más: la cara hermética del hombre que les miraba fijamente, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

Nunca lo habían visto.

Pero lo primero que pensaron fue que se trataba de un federal.

Imaginaron que aquel tipo venía a vengar a Pat, el muerto.

Fue Charlie, el único que estaba en pie, el que barbotó:

—¿Quién es usted?

—Uno que ha seguido vuestras huellas. Y la verdad es que no me ha costado demasiado trabajo, porque tenéis menos astucia que una mula.

—¿Qué diablos quieres?

Se iban tranquilizando al ver que no era un federal. Porque un agente de la ley hubiese obrado de otra manera.

Donovan señaló la caja con el mentón.

—Según parece, hay ahí cincuenta mil machacantes en oro fino.

—Sí, eso es lo que hay.

—Una captura estupenda. Nada de billetes numerados ni de objetos a los que se puede seguir la pista.

—¿Qué es lo que buscas? ¡Habla de una condenada vez!

Donovan, que ni siquiera había tocado el revólver, señaló de

nuevo la caja.

—Lo siento, pero voy a quedármela.

—¿Estás loco?

Charlie se palmeó el pecho.

—¡Es «nuestra»! ¡La hemos ganado con «nuestro trabajo»!

—Pues ahora vais a perderla. Necesito ese dinero para largarme al Canadá y no volver jamás a este país. Además, por lo que he oído, vuestro trabajo ha consistido simplemente en matar al federal que custodiaba la caja.

Charlie farfulló:

—Bueno, pero eso no ha sido tan fácil.

—Ni tan difícil. Supongo que estaría ya medio muerto, después del descarrilamiento, cuando habéis disparado contra él.

—No lo sé —reconoció Charlie—. Yo no he tirado.

—Ni me importa quien lo haya hecho. No vengo a pediros cuentas por el asunto de federal, que ya es agua pasada. Sólo quiero la caja con el oro. Dejadla en el centro y vosotros iros situando en aquel rincón. ¡Aprisa!

La voz de Donovan era una de esas voces que no admiten discusión.

La voz de un pistolero dispuesto a cualquier cosa.

Todos obedecieron.

O fingieron que obedecían.

El pistolero que estaba más a la izquierda se levantó, giró un poco y de repente volvió a girar, pero ahora con un «Colt» en la derecha. El revólver parecía haber brotado de sus propios dedos.

Creyó que iba a cazar a Donovan, que aún mantenía los brazos a lo largo del cuerpo. De sus labios empezó a brotar un grito de triunfo.

Y aquel grito quedó cortado bruscamente.

El pistolero sintió como un latigazo en el rostro, mientras veía saltar al aire unas gotitas de sangre.

No había visto ni siquiera la llamarada color naranja que surgía de la cadera derecha de Donovan.

Bruscamente el pistolero salió proyectado contra la pared, chocó con ella y resbaló hasta el suelo, mientras sus compañeros lo presenciaban todo con ojos asombrados.

Nunca habían visto a un tirador tan rápido como aquél.

Ni tan seguro.

Pero eso les impresionó solamente los dos o tres primeros segundos. Inmediatamente reaccionaron moviendo sus revólveres. Donovan vio tres bocas de muerte que giraban hacia él.

Tuvo que hacer gala de toda su rapidez y toda su puntería. Se contorsionó mientras oscilaba hacia el lado izquierdo, para desorientar a sus enemigos. Mientras tanto disparaba instantáneamente tres veces.

Tres hombres se contorsionaron casi al mismo tiempo, aunque sólo uno de ellos logró disparar. La bala rozó a Donovan una pierna, produciéndole una convulsión, aunque no llegó a caer.

De sus tres enemigos sólo uno estaba muerto, los otros dos habían sido alcanzados por el plomo, pero no de una manera irremediable. Uno de ellos se sujetaba el costado izquierdo, mientras el otro sostenía en el aire la mano del mismo lado cubierta de sangre.

Donovan susurro:

—Nada grave. Vanos amigo; apoyados en la pared estaréis mejor.

Los dos obedecieron.

Donovan murmuró:

—¿Lleváis botiquín de urgencia?

—Unos… vendajes… y un desinfectante.

—Sacadlos.

Charlie, que estaba herido en la mano izquierda, se desprendió de la pequeña bolsa que colgaba de uno de sus costados. Donovan la abrió para ver lo que había en ella.

Distinguió unas vendas.

Pero también vio algo más:

El brillo del pequeño revólver que uno de los heridos acababa de sacar de debajo de la camisa.

Tuvo que echarse para atrás, disparando instantáneamente sin sacar el revólver de la funda.

Una décima de segundo de retraso y ya no hubiera llegado a tiempo.

La bala atravesó el pecho del pistolero mientras éste apretaba el gatillo. Un plomo se empotró en la tierra, junto a los pies de Donovan, porque el «Colt» de su enemigo había rebrincado al ser

alcanzado éste.

No ocurrió nada más.

El otro herido pudo haber atacado a Donovan, aprovechando el momento. Pero no lo hizo.

Donovan le miró fijamente.

—¿Tú quién eres?

—Me llamo Charlie.

—Me temo que has perdido tu oportunidad, amigo. Tenías que haber disparado cuando yo estaba pendiente de tu compañero. ¿O es que no llevas ningún arma oculta?

Charlie sacó con dos dedos el pequeño «Colt» que tenía escondido bajo la camisa y lo dejó caer a sus pies.

—Lo que ocurre es que no me gusta atacar a traición —dijo—. Y tú no te portabas mal con nosotros. Ibas a curarnos.

—No pareces tan mal bicho como los otros.

—¿A qué viene eso? Yo soy como los demás.

—Pero tú no tiraste contra el federal, ¿no es así?

—Ésa es otra cuestión.

—De acuerdo, Charlie, voy a vendarte la mano izquierda. Pero no intentes nada o te afeitaré como a los otros. Vamos, siéntate encima de la caja.

Charlie obedeció.

¡Cualquiera no obedecía a aquel tipo!…

Donovan le vendó concienzudamente y luego hizo levantarse. Miró con un gesto de preocupación todo el oro que había en aquella caja. Estaba en delgadísimos lingotes de un kilo cada uno, lo que permitía su fácil transporte.

Charlie adivinó sus pensamientos.

—Puede repartirse entre las bolsas de sus caballos —dijo—. Claro que pesa una condenación.

—Lo repartiré. Precisamente sobran caballos al fuera. Y ahora mucho cuidadito, Charlie, te rebanaré el pescuezo como digas a alguien que pienso largarme al Canadá.

Naturalmente Donovan no pensaba irse al Canadá, sino al lado opuesto: a México.

Charlie murmuró:

—¿Tengo yo cara de ir a contarle al *sheriff* lo que ha sucedido?

—No, ya supongo que no, pero de todos modos ten mucho

cuidado. Te juegas la piel.

—¡Con lo dura que la tengo! ¡No me volvería a crecer otra ni en veinte años!

—Ayúdame a transportar el oro. ¡Vamos! ¡Hay que repartirlo entre las bolsas de dos caballos!

Charlie lo hizo. Y aunque los caballos acusaron el peso, era evidente que podían llegar con aquella carga hasta el fin del mundo, mientras no se les forzase demasiado.

Luego Donovan fue a montar sobre uno de los caballos.

Le convenía largarse cuanto antes de allí.

Había hecho algo que no hizo nunca hasta entonces: robar aunque fuera a unos ladrones. Apoderarse de cincuenta mil dólares que no eran suyos.

Pero, puesto que tenía que ser un perseguido, pensaba iniciar una nueva vida bien lejos de allí. Convertirse en un hombre distinto (y rico, por descontado) en un sitio donde no le conociera nadie.

Dijo:

—Buena suerte, Charlie. Procura que no te atrapen.

Y en aquel momento miró hacia el interior de la choza. Vio en el fondo de la caja la botellita que antes había estado moviendo Charlie. Eso y el pequeño paquete de pastillas cuya utilidad desconocía por el momento.

—¿Qué es eso? —murmuró.

—No lo sé. Mis amigos creían que era nitro, pero parece como si fueran unas medicinas.

Donovan entrecerró los párpados.

De pronto recordó.

¡Claro! ¡Eran las medicinas que tenían que llegar a Wembley! ¡Las medicinas traídas hasta allí desde muy lejos y de las cuales dependía la vida de un niño!

Donovan apretó los labios.

Por su memoria pasaron, como en una serie de rápidas fotografías, las imágenes de la mujer llorando en la estación, de la ventana pobremente iluminada y del pequeño agonizante que había visto a través de ella.

Se encogió de hombros.

¡Al diablo!

En un platillo de la balanza tenía la libertad y cincuenta mil

dólares. En el otro platillo, la vida de un niño.

Bueno, la elección estaba hecha.

Niños hay muchos.

A veces demasiados.

En cambio cincuenta mil dólares, no iba a volver a atraparlos en toda su maldita vida.

Charlie musitó:

—¿Qué pasa? ¿Por qué no te largas?

—Es que… Bueno, nada.

Y giró la cabeza del caballo para alejarse de allí. Pero a unas pocas yardas de distancia se detuvo.

Charlie le miraba fijamente.

—Estás sudando…

—Sí, puede que sí.

—Pues no hace nada de calor.

Donovan se pasó una mano por la frente.

Claro que no hacía calor. El sudor que perlaba sus sienes era un sudor helado.

Volvió a alejarse unas yardas.

Y se volvió a detener.

La imagen del pequeño, que moriría sin remedio pocas horas después, no se borraba de su cabeza.

Charlie farfulló:

—¿Es que sabes para quien eran esas medicinas?

—Me temo que sí.

—¿Para quién?

—Para un niño.

Charlie se pasó por la boca el dorso de su derecha.

—Hace años tuve un hermano —musitó roncamente.

—¿Y qué?…

—Murió. Yo mismo tuve que enterrarlo.

Volvió la cabeza mientras añadía con un gruñido:

—No podré olvidarlo nunca…

—Pues olvídalo. Te irá bien para la salud.

Charlie volvió la cabeza.

—No me has dicho cómo te llamas, pistolero.

—Me llamo Donovan.

—Si no recuerdo mal, ¿eres el buitre al que están buscando

desde Wichita?

—Sí.

—Entonces comprendo que te largues al Canadá con todo el dinero que puedas. En cuanto te echen el guante encima, te ahorcarán.

—Lo doy por descontado.

—Pero yo voy a hacer algo distinto. Aunque a mí me persiguen —susurró Charlie—, no tengo detrás a tantos perros de presa como tú. ¿Adónde iban destinadas esas medicinas?

—A Wembley.

—Yo las llevaré.

Donovan sintió que se le secaba la boca.

Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para susurrar:

—¿Te das cuenta, Charlie?

—¿Cuenta de qué?…

—Hay bastante gente que sabe que esas medicinas viajaban en la caja del oro. Eso significa que el que las lleve se ha apoderado del oro también.

—Me parece un pensamiento perfectamente razonable.

—¿Pero te das cuenta de lo que eso significa? Significa la horca…

—Una vez enterré a un niño —musitó Charlie—. No quiero saber que por mí culpa entierran a otro.

Donovan sintió que se le contraía la garganta.

Las manos que sostenían las riendas se le habían helado. También se le parecía helar la sangre.

Charlie añadió:

—Además a mí no me atraparán. Yo soy muy listo…

—Me parece todo lo contrario. Tú has sido el más fácil de atrapar de los cuatro.

—Correré ese riesgo.

Tomó el paquete, lo rehízo de nuevo bien y lo metió en la bolsa de uno de los caballos.

Montó en él y dijo:

—Buena suerte, Donovan. Buena suerte en tu viaje al Canadá… o a México.

Fue a picar espuelas.

Donovan masculló:

—¡Charlie!

No supo por qué le había llamado.

En el mismo instante de hacerlo, ya se había arrepentido.

Pero una sonrisa flotaba en sus labios cuando Charlie se volvió poco a poco hacia él.

—¿Qué pasa?

—Oye tú, sucio pistolero.

—No sé qué diablos quieres ahora, Donovan.

—Estoy pensando en lo que ocurriría si te mataran.

—Pues que pondría muy mala cara…

—Y esas medicinas se irían al diablo.

—Seguro que sí…

—En cambio si las llevo yo la cosa es distinta. Yo soy un pistolero al que no es tan fácil que maten.

Charlie le contempló con admiración.

—Eso es suicidarte, Donovan. Tú sabes que es como si te pegaras un tiro en mitad de la cabeza. Yo puedo pasar desapercibido, pero tú no. A ti te acorralan por todas partes.

—Hay algo peor que eso, Charlie.

—¿Qué puede ser peor?

—El que al mirarse uno al espejo por las mañanas sienta ganas de escupir, Charlie.

—Estás loco.

—Puede.

—Pero eres un loco estupendo, Donovan. ¿Sabes qué te digo? Ese viajecito a Wembley vamos a hacerlo los dos.

Donovan sonrió.

—Con cincuenta mil en oro, ¿eh? ¿Tú crees que quedaremos vivos?

—¡Ni soñarlo!

Y los dos lanzaron una carcajada.

Donovan chascó dos dedos y añadió, cuando hubieron recobrado su expresión normal:

—He de decirte algo más que tú ignoras: en Wembley está la banda de Mike Reina.

—Cuerno… Es la única banda con la que no me quiero tropezar.

—¿Por qué?

—Porque Mike Reina quiere matarme. Le robé hace años una

chica.

—¿Qué chica?

—La que ahora es mi mujer.

—Diantre…

—Por eso, pensándolo bien, voy a ir a su encuentro. Voy a ver si le mato yo a él. ¡Vaya, hombre! ¡El que me dejara robársela no se lo perdono!…

Capítulo XI

Muchas veces las cosas habían ocurrido así en el Oeste. Hombres que estaban a punto de matarse se hacían amigos porque se daban cuenta a tiempo de que tenían muchas cosas en común, y de que los factores que les unían eran mucho más importantes que los que les separaban. ¡Cuántas veces el federal que perseguía a un forajido se daba cuenta de que aquél fuera de la ley era tan digno de respeto como él! ¡Cuántas veces el fuera de la ley se convertía en el mejor admirador de un *sheriff*!

Algo de eso había ocurrido con Charlie y con Donovan.

Donovan había matado a los compañeros de correrías de Charlie, pero éste comprendía que el joven no tuvo más remedio que hacerlo. Por otra parte Donovan se daba cuenta de que Charlie era un forajido porque el Destino no le enseñó nada mejor.

Porque de muchacho ya le pusieron en la mano un revólver.

Y porque era un cabeza loca.

Charlie era de esos tipos que, cuando se rifa un lío, siempre resulta que juegan todos los números.

Mientras galopaban hacia Wembley, dijo:

—Soy un fulano de mala suerte. No debieras venir conmigo, Donovan.

—¿Por qué?

—Mira, yo desde que tenía quince años me gano la vida con el «Colt».

—Eso no tiene nada de especial. A mucha gente en esta tierra le ha ocurrido lo mismo.

—Pero es que resulta que nunca he conseguido tener ni un níquel. Si un día robaba diez billetes, resultaba que éstos eran falsos. Si otro día daba un buen golpe y me escondía en una casa,

resultaba que esa casa era la de la querida del *sheriff*. Me he metido en cada lío de espanto. Puedo garantizarte que las cosas nunca me han salido bien.

—Ahora empezarás a tener más suerte —dijo Donovan, intentando animarle.

—Al contrario, amigo. Te contagiaré mi mala pata. Ya verás cómo antes de llegar a Wembley nos encontramos con una tropa de federales que nos cuelgan a los dos.

—¡Bah!... ¡Tonterías!

Y Donovan hizo un gesto de hastío, como indicando a su nuevo compañero que no había que tener manías.

Pero de pronto palideció.

Se oía un trotar de caballos.

El trotar de numerosos caballos que estaban cada vez más cerca.

Charlie había palidecido también.

Masculló:

—¿Te das cuenta? ¡Tienen que ser al menos veinte federales! ¡Y vienen a por nosotros!

—¡No digas tonterías, hombre! ¡Veinte federales no se han juntado nunca ni siquiera en Washington!

Pero, federales o no, resultaba que los que se estaban acercando a ellos eran, en efecto, veinte jinetes.

Veinte fulanos armados de rifles y que galopaban en línea recta hacia donde estaba Donovan y Charlie.

Éste barbotó:

—¡Estamos perdidos!...

—Calla... Por fortuna es de noche y puede que no nos reconozcan.

—¡Claro que nos reconocerán! ¡Y dentro de cinco minutos estaremos los dos bailando de una cuerda!

—Échate el sombrero sobre los ojos todo lo que puedas. Yo haré lo mismo. Y ten una actitud natural ocurra lo que ocurra. Hasta el final no hay nada perdido.

No tuvieron tiempo de hablar más. Apenas se habían echado el ala del sombrero sobre los ojos cuando dos jinetes se detuvieron ante ellos. No eran federales, pero poco les faltaba. Los dos que iban delante llevaban estrellas de alguacil.

Donovan dijo cortésmente:

—Buenas noches; ¿van a ayudar a los del ferrocarril?

—A los del ferrocarril ya han salido a ayudarles otros. ¿Quiénes son ustedes?

—Dos vaqueros que buscan trabajo.

—¿Dónde?

—Pues… donde salga.

El más viejo de los dos alguaciles les miró torvamente.

—¿Han notado movimiento de jinetes por aquí?

—No, de ninguna manera. ¿Por qué?

—Nos han dicho que la banda de Mike Reina está encerrada en Wembley.

—Puede que lo esté —dijo ambiguamente Donovan, sin querer comprometerse a nada.

El segundo alguacil masculló:

—Hemos reunido un grupo de voluntarios para acabar con esa maldita banda. Les atacaremos por sorpresa y los acribillaremos. Si tenemos la suerte de encontrarlos en Wembley, no quedará ni uno de ellos con vida.

—Yo no estaría tan seguro —musitó Donovan—. En todo caso tomaría mis precauciones.

—Ya las tomamos. No dejamos por interrogar a nadie de los que se cruzan en nuestro camino. A ver, quítense los sombreros.

Donovan palideció mortalmente.

Era verdad lo que le había dicho Charlie de que atraía la mala suerte. Ahora los colgarían a los dos.

Se quitó el sombrero poco a poco, mientras acercaba disimuladamente la derecha al revólver, aunque sabía de sobra que nada podría hacer contra veinte hombres.

Pero Charlie llamó la atención de todos en aquel momento. Se puso a toser como un energúmeno, mientras se levanta las manos al estómago, doblándose sobre la silla. Los jinetes que estaban más cerca iniciaron un gesto de retroceso, porque tuvieron miedo de que aquel tipo les echara encima la primera papilla.

El alguacil más viejo murmuró:

—¿Qué le pasa? ¿Se encuentra mal?

—No, no… No es nada.

Con su estratagema, Charlie ya había conseguido lo más difícil: que se fijaran solamente en él, que era el menos conocido. Cuando

todos volvieron la cabeza hacia Donovan, éste ya se había puesto el sombrero de nuevo, con un gesto muy natural, como si acabara de hacer algo sin importancia.

Los dos alguaciles hicieron casi a la vez el mismo gesto, alzando el brazo derecho.

—¿Los dos iban también a Wembley? —murmuró uno de ellos.

—En efecto, así es.

—Pues no vayan. Nadie puede entrar en la ciudad hasta que hayamos liquidado a la banda de Mike Reina. Esperen a que amanezca.

Donovan gritó:

—¡Oiga, están loc…!

Pero no terminó la frase. Supo desde el primer momento que no le escucharían. Los jinetes ya habían vuelto grupas y se alejaban a toda velocidad en dirección a Wembley.

El joven apretó los puños y murmuró:

—Vamos a seguirlos, Charlie. Así podremos entrar en la ciudad sin que nadie lo note, mientras estén en lo mejor del fregado, y entregar los medicamentos a aquella mujer.

Fue a poner su caballo al galope, pero Charlie le detuvo con un gesto.

—No seas loco. Llevas cincuenta mil en oro. No se han dado cuenta de que remolcas un caballo sin jinete, sujetándolo por la brida. Pero no tientes la suerte dos veces porque ahora sí que les llamará la atención. Y en cuanto husmeen algo, vamos los dos de cabeza a la horca. No sé ni cómo estamos vivos. ¿Y sabes qué te digo? Que siento ya un dolorcito en el cuello…

Donovan comprendió que el otro tenía razón.

Habían salido muy bien librados la primera vez. No les convenía acercarse demasiado a los veinte voluntarios; ir detrás de ellos era como meterse en la boca del lobo.

—Más vale que esperemos un par de horas —susurró Charlie—. Si pillan por sorpresa a la banda de Mike Reina, no tardarán en acabar con ella. Al fin y al cabo Wembley ya está cerca.

Lo que ignoraba Charlie era que las cosas no saldrían como él esperaba.

Y que en Wembley iba a desarrollarse la peor matanza de la historia de la ciudad.

Mike Reina no era tan novato como para dejarse sorprender en una ciudad que podía ser rodeada fácilmente. Por eso, mientras la saqueaba, situó a hombres de escucha en los cuatro puntos cardinales. Hombres que no iban a caballo porque así pasarían desapercibidos con más facilidad. Hombres tumbados en vaguadas o acurrucados entre los matorrales para que no les viese nadie.

Su forma de avisar era bien sencilla.

Unos faroles encendidos cuando hubieran pasado ya los jinetes que se aproximaran a Wembley. Unos faroles que esos jinetes no verían por la sencilla razón de que no tenían ojos en la espalda.

En lo alto de los tejados, otros dos forajidos vigilaban.

Fue uno de ellos el que primero captó la señal: aquella lucecita intermitente que parecía encenderse y apagarse en el lado norte.

—Eh, tú, Bill. Mira…

—Douglas nos avisa…

—Y por las señales que hace, tienen que estar llegando quince o veinte hombres. Cada vez que pone la mano delante de la luz, como si la apagara, significa que ha pasado un enemigo.

—Pronto, hay que avisar a Mike Reina.

—Dentro de ocho o nueve minutos estarán aquí. Aprisa…

Dentro de ocho o nueve minutos, efectivamente, los voluntarios entraban en Wembley con los dos alguaciles a la cabeza. La sensación que tuvieron al acercarse fue la de una ciudad abandonada. Apenas brillaban unas pocas luces en la calle principal, y puertas y ventanas estaban cerradas. Daba la sensación de que todos, absolutamente todos los hombres de Mike Reina habían huido.

Pero en realidad les estaban apuntando desde los tejados.

Les estaban cercando con una cadena de rifles que no dejaban de encañonar ni a un solo hombre.

Los voluntarios entraban en la ciudad en fila india y todos por el mismo sitio.

Fue su error fundamental.

Aunque miraban especialmente a los tejados, no vieron brillar ni un solo rifle.

Y de pronto todo el cielo pareció llenarse de picotazos color naranja.

El firmamento se iluminó. Dio la sensación de que un auténtico

volcán se abría bajo los pies de aquellos hombres.

Todos los sicarios de Mike Reina disparaban a la vez.

El estruendo era infernal.

Y ni una sola bala fallaba. Todas ellas encontraban un estuche de carne donde alojarse para siempre.

Los jinetes caían uno tras otro.

Los gritos de dolor atronaban el espacio tanto como los disparos.

La zarabanda era auténtica, infernal. Producía una sensación de pesadilla.

Uno de los alguaciles intentó saltar desde la silla del caballo a uno de los porches, para desde allí alcanzar el tejado. Al menos quería morir matando. Pero una bala le hizo contorsionarse en el aire.

Cayó pesadamente, como un fardo.

Otro quiso penetrar por una de las ventanas en un intento desesperado por salvarse.

Cuando entró por ella, con caballo y todo, ya estaba muerto.

Un tercero intentó volver grupas desesperadamente para huir de aquel infierno llamado Wembley.

Dos balas se cruzaron en su camino. Una le alcanzó en la sien y otra en el tórax.

Hubo tres voluntarios que lograron saltar de las sillas, intentando refugiarse en las casas más cercanas.

Cayeron sobre los porches con los cuerpos tintos en sangre.

Era una matanza.

Mike Reina estaba consiguiendo la victoria más espectacular y más salvaje de su vida entera. Sólo robando lo que los muertos llevaban encima, ya iba a conseguir un auténtico botín.

Y sobre todo demostraba que no tenía enemigos en Kansas.

Demostraba que era invencible.

Sus hombres aún siguieron acribillando los cadáveres durante un buen rato, hasta que se dieron cuenta de que no hacían más que rematar a los muertos, por decirlo de alguna manera. Entonces fueron cesando el fuego poco a poco.

Mike Reina ordenó:

—Registradlos. Quiero especialmente todo el dinero y todos los relojes. Aunque alguno marque una hora de la semana pasada…

CAPÍTULO XII

Donovan y Charlie habían escuchado el infernal tiroteo desde cierta distancia de la ciudad. Aún faltaban dos horas para el amanecer y el tiroteo era como un inmenso trueno en una oscuridad que parecía hacerse más espesa a cada minuto que pasaba. Sólo a lo lejos, en Wembley, se distinguía como una claridad rojiza que no era sino el resplandor de los fogonazos.

Charlie parecía entusiasmado.

Murmuró:

—Esos voluntarios han tenido suerte. Deben haber atrapado a los de Mike Reina por sorpresa, como esperaban. Y deben estar haciendo picadillo con ellos.

Donovan movió la cabeza negativamente.

—Yo no estoy tan seguro, amigo. Hasta te diría que pienso todo lo contrario.

—¿Pero qué cuerno dices?

—No sé cómo estarás de vista, pero fíjate bien en esos fogonazos. Salen unos de la derecha y otros de la izquierda. Eso significa que desde los lados disparan contra un enemigo que está en el centro. ¿Y quién va a estar en el centro, sino los infelices que han entrado en Wembley? ¡Por todos los infiernos! ¡Aquella pandilla de imbéciles han caído en una trampa!

Charlie sintió frío en la espina dorsal.

—Pero entonces… —balbució—, es una matanza…

—Naturalmente que lo es. Una de las peores matanzas de la historia de Kansas.

—¿Y qué… vamos a hacer ahora?

Donovan acarició suavemente, antes de responder, el cuello de su caballo.

—La verdad es que no me has traído demasiada buena suerte, Charlie —dijo luego—. Tenías razón. Eres un tío de mala pata.

—Ya te lo advertí.

—Y yo te advierto que debes apartarte de mí, Charlie.

—¿Por qué?

—Porque voy a hacer una locura.

—¿No tratarás de… de…? ¡No me digas que es verdad lo que estoy pensando!

—Pues yo te aseguro que es verdad que estoy pensando lo que tú piensas que estoy pensando, Charlie.

—¡Estás loco si te metes en esa ratonera de Wembley! ¡Van a oponer hacer albóndigas con lo que quede de tu cabeza!

—Tal vez, pero sólo hay una cosa que hace que me respete a mí mismo, Charlie. Sólo una cosa, ¿sabes? Que jamás he vuelto la espalda ante un peligro, fuese cual fuere.

Charlie gruñó:

—Muy bien, pero…

Y en aquel momento oyeron la voz junto a ellos: Una voz que brotaba de las mismísimas sombras, una voz que les sobresaltó a los dos porque no la esperaban de ningún modo:

—Yo te pagaré el ataúd, Donovan. Me lo juego a la carta más alta.

Donovan volvió la cabeza. Tuvo una crispación porque su sorpresa fue mayúscula. No comprendía cómo Prince podía haber llegado hasta allí, pero lo cierto era que allí estaba.

Un Prince que había llegado a pie hasta aquel lugar, y al que seguramente no habían oído avanzar a causa del trueno, lejano, pero insistente, de los disparos.

El tahúr extrajo una baraja nueva del bolsillo superior de su levita.

—Vamos, Donovan, anímate. Si ganas te pago un ataúd de lujo. Si pierdes me entregas cincuenta dólares.

Donovan sonrió.

—¿De dónde demonios vienes?

—De por ahí… ¿Qué quieres que haga? Por ferrocarril hay bastante distancia entre el punto de descarrilamiento y Wembley, pero por los atajos la distancia es corta. La verdad es que no pensábamos llegar hasta aquí.

—¿Es que no sabías que estabas tan cerca de Wembley?

—No, no lo sabía. Esto ha sido una sorpresa para mí. Conozco muy bien la comarca, pero sólo por la vía férrea.

—Supongo que no os interesa llegar hasta la ciudad. Por lo menos no le interesa a Esther. Si no recuerdo mal, ése es el sitio donde iban a ahorcarla.

—Cierto, pero nadie la conoce.

—¿Tratáis de pasar por ahí?

—En Wembley hay un tipo con el que me he encontrado otras veces, y que es capaz de jugarse dos mil dólares a la carta más alta. Ya que estoy tan cerca, voy a tratar de encontrarlo. Si le gano dos mil dólares, me he arreglado para todo el mes.

—¿Y tú con qué vas a jugar? No tienes ni un níquel.

Prince rió silenciosamente.

—Puedes prestarme un poco de tu oro —dijo.

—¿Cómo sabes que lo tengo?

—Hum… No hay más que ver cómo cuelgan las sillas de tu caballo. Y preguntarse por qué llevas un caballo de más.

Donovan chascó los dedos.

—Tienes vista, Prince, pero no puedo dejarte un lingote de oro esta noche. Sería una pista demasiado clara. En cambio puedo dejarte unos dólares para que huyáis lejos de aquí.

—Tal vez lo acepte, después de todo —susurró Prince—. ¿Pero y tú? ¿Qué vas a hacer? ¿Por qué has llegado también tan cerca de Wembley?

—Voy a entrar en la ciudad.

—¿Con ese jaleo?

—Tengo que encontrar a una mujer. Tengo que darle unas medicinas para salvar la vida de su hijo.

—Lo único que vas a conseguir será que te maten, Donovan. Esos disparos deben significar que la banda de Mike Reina aún continúa ahí.

—Sí. Y significan algo peor: que acaban de morir dos alguaciles y dieciocho voluntarios que intentaban acabar con esos hijos de zorra.

—Han muerto veinte hombres… ¿y tú tratas de salir vivo?

Donovan se encogió de hombros imperceptiblemente.

—De un modo u otro lo haré. Cueste lo que me cueste voy a

entrar en Wembley.

En aquel momento alguien más se acercó a los dos.

Era Esther. Los labios de la muchacha temblaban. A la luz de la luna, su rostro tenía una palidez cerúlea.

—Donovan… —bisbiseó—. No te había visto hasta esta noche, Donovan. Ni siquiera estoy segura de que te llames así. Pero, por favor, no vayas. No entres en Wembley.

Él no contestó.

Picó levemente espuelas, avanzando hacia la ciudad. Llevaba cincuenta mil en oro y llevaba también una buena provisión de plomo. Charlie le siguió.

Prince aún intentó detenerlos con un gesto.

—¡Estúpidos! ¡Os van a descuartizar! ¡Vais a perder la piel!

—Cierto —sonrió Donovan, volviendo la cabeza—. Pero la perderemos a la carta más alta…

CAPÍTULO XIII

Dejaron los caballos a cierta distancia, porque era de locos entrar en la ciudad con ellos, llamando la atención. No tenían más que una oportunidad, y era la de entrar en Wembley como fantasmas. Así lo intentaron, pegándose a las fachadas y manteniendo las manos sobre los revólveres.

El espectáculo de la calle principal era aterrador.

Había cadáveres por todas partes. Caídos en los porches, doblados sobre los amarraderos, materialmente empotrados en las columnas… También había un par de caballos muertos, aunque los demás deambulaban por las cercanías de Wembley.

Donovan extrajo el «Colt» poco a poco.

Sentía frío en la sangre.

Una amarga sensación de muerte le llenaba la boca.

Charlie bisbiseó:

—¿Dónde se habrán metido los hombres de Mike Reina?

—No lo sé, pero tienen que estar aquí. Quizá nos están espiando.

—¿Dónde vive la mujer a la que tienes que dar los medicamentos?

—Ahí, detrás de esa esquina.

—¿Qué vamos a hacer luego? ¿Largarnos?

—¿Crees que tengo interés en quedarme aquí? Con cincuenta mil machacantes que me están esperando…

Y dobló la esquina.

Pero se detuvo de pronto. Todo su cuerpo se tensó.

Tres hombres se encontraban allí, muy cerca de la ventana desde la que antes vio él agonizar al niño. Eran pistoleros de Mike Reina. Llevaban rifles y parecían cubrir la entrada de la calle.

Donovan ahogó una maldición.

No podría acercarse a la casa mientras los tres granujas estuvieran allí. Y sabía de sobras que no podía permanecer demasiado tiempo en Wembley, esperando. Cada minuto contaba.

Charlie tuvo una idea.

Se deslizó tras él.

Y produjo un ruido en la esquina del otro lado de la calle.

Los tres pistoleros se volvieron.

—¿Qué ha sido eso?

—No sé; alguien anda por ahí.

—Ve a ver lo que ocurre. Y si se trata de ese maldito *sheriff*, liquídalo.

Por esa frase adivinó Donovan que Osorio aún estaba vivo, y que seguramente se hallaba oculto en algún rincón de la ciudad, esperando la oportunidad de asestar a los hombres, de Mike Reina mortales picotazos. Pero no era eso lo que le preocupaba en este momento. Charlie había tratado de despistar a tres hombres y sólo había logrado llamar la atención a uno, los otros dos continuaban en su puesto.

Y no fue eso lo peor.

Donovan, sin darse cuenta, debió hacer un ligero ruido. Los dos se volvieron al mismo tiempo hacia él.

—¡Allí!

—¡Cuidado! ¡Es Donovan!

Tenían motivos para reconocerle, después de la matanza que había hecho en el *saloon*.

Donovan vaciló unos segundos. Podía haber liquidado fácilmente a los dos pistoleros con su «Colt», pero no quería hacer ruido para no delatarse. Se limitó a lanzar el cuchillo de pesado mango que tenía en la mano izquierda.

Uno de los hombres de Reina, el que estaba a la izquierda, lo recibió en el estómago. Se encogió mientras disparaba al suelo. La detonación pareció retumbar en la población entera.

Donovan ahogó una maldición.

Las cosas habían marchado mal. Ya no podría filtrarse como un fantasma. Estaba descubierto.

Por eso disparó, ya que tenía el «Colt» preparado en la mano derecha. El otro pistolero se estremeció y rebrincó en el aire. Mientras tanto el que había ido hacia la esquina regresaba ya.

No llegó al centro de la calle.

Donovan amartilló con velocidad de pesadilla y disparó de nuevo. Su enemigo envió dos balas al suelo. También los disparos parecieron retumbar en la ciudad entera.

Donovan no esperó a ver caer a sus enemigos.

Sabía que estaban listos los tres. Ninguno de ellos volvería a levantarse.

Corrió hacia la ventana iluminada y miró a través de ella. El pequeño estaba casi como horas antes. Tal vez su mueca de sufrimiento era más intensa; tal vez el rictus de su boca se había hecho más angustioso. Pero vivía, y eso era lo más importante.

Parecía no haberse dado cuenta de los disparos no haberse enterado de nada.

Pero alzó los ojos, como alucinada, al oír que los cristales de la ventana saltaban hechos pedazos. Un paquete cayó en sus manos. Donovan sólo permaneció unas fracciones de segundo en su campo visual Luego se esfumó.

Ya no había motivo para que permaneciese más tiempo en Wembley. Tenía que largarse.

Hizo una seña a Charlie y corrieron los dos.

La esquina estaba cerca.

No les resultaría tan difícil escapar de Wembley aunque la ciudad estuviera llena de pistoleros de Mike Reina.

—¡Aprisa! ¡Largo de aquí!…

Doblaron la esquina.

Y en aquel momento Donovan vio al hombre que menos esperaba encontrar. Se tropezó de narices y boca con… ¡con el propio Mike Reina!

CAPÍTULO XIV

El jefe de la banda, uno de los hombres más peligrosos y crueles de Kansas, estaba desorientado esta vez. Pese a haber oído los disparos, creía que el peligro se encontraba lejos. Miraba hacia un lado y Donovan apareció por el otro.

Los dos hombres se miraron durante unas décimas de segundo.

Donovan estaba mejor preparado. Tenía encañonado a Mike Reina, mientras que éste aún tenía que girar su revólver. El joven fue a disparar. No estaba dispuesto a tener piedad con Mike Reina. No se puede tener piedad con las serpientes de cascabel.

La bala era segura.

Donovan no podía fallar.

¡Pero falló!

¡Falló porque alguien se arrojó sobre su mano derecha, desviando el revólver en la última fracción de segundo!

¡Alguien que salvó la vida a Mike Reina!

Y ese alguien era… ¡Era una mujer a la que había dejado atrás! ¡Era Esther!

Una granada de artillería estallando a sus pies no hubiera producido más asombro a Donovan. Quedó tan paralizado, tan sin saber qué pensar, que Mike Reina gozó ahora de una ventaja decisiva para matarle. Y Mike Reina no la desaprovechó.

Oprimió el gatillo con un gesto de odio.

La bala hubiera atravesado la cabeza de Donovan de no haber intervenido Charlie. Porque Charlie se movió al menos con tanta rapidez como se había movido Esther. Hizo fuego con su «Colt» y produjo un rasguño en la derecha de Mike Reina.

Éste lanzó un gruñido, mientras su «Colt» parecía bailar en el aire.

La bala salió alta.

Y Donovan tuvo que retroceder, porque por la inmediata esquina aparecían ya dos enemigos más. Sus posibilidades eran mínimas. Si continuaba un instante más allí, le acribillarían.

Empujó a Esther.

Los dos encontraron a su espalda una puerta que cedió. Rodaron por el suelo, mientras les rodeaban las tinieblas.

Charlie entró también, mientras trazaba delante de él una vertiginosa cortina de fuego.

Mike Reina tuvo que saltar también hacia atrás, dejándose caer sobre el porche. Durante unos instantes los disparos brotaron locamente de un lado y de otro. Luego se hizo un brusco silencio.

La puerta se cerró.

Donovan, la muchacha y Charlie se encontraron encerrados en aquella oscuridad tensa y caliente. Nadie disparó contra la casa.

Pero los tres supieron lo que eso significaba. Comprendieron que Mike Reina no se precipitaría y que, ahora que los tenía seguros, los encerraría en un círculo de plomo. En un anillo de muerte.

Donovan hubiera podido hacer miles de preguntas en aquel momento. Miles de preguntas sobre cosas que no entendía y que quizá nunca llegaría al entender. Pero hizo una sola, una sola que lo resumía todo:

—¿Por qué?

Esther tenía la mirada perdida.

Sus ojos vacíos miraban hacia la única ventana tras la que se había apostado Charlie con el revólver dispuesto, previendo un próximo ataque.

La mujer se llevó las manos a los ojos.

—No lo entenderías —susurró.

—Quizá no lo entienda, pero al menos tratarás de explicármelo.

—¿Y para qué? Todos vamos a morir. ¿Qué importancia tiene el saber la verdad, después de todo?

—Ya sé que vamos a morir, Esther, pero de todos modos quiero conocer esa verdad. Y quiero saben si Mike Reina va a matarte a ti también, a pesar del que tú le has salvado la vida.

—Seguro que va a matarme. ¿A él qué le importa?

—¿Por qué has desviado mi mano entonces? ¿Por qué has evitado que lo liquidara?

—Por una sencilla razón, Donovan: Porque él fue el hombre a quién maté.

Si con aquellas palabras quería aclarar algo a Donovan, la verdad fue que le dejó mucho más asombrado que antes. Donovan no entendía una palabra. ¿Matar? ¿Matar a Mike Reina?

Cerró un momento los ojos.

Y al fin una chispita brilló en ellos.

Empezaba a comprender, o mejor dicho trataba de comprenderlo. Pero lo que él imaginaba… ¡lo que él imaginaba era imposible!

Barbotó:

—¿Quieres decir que es el hombre de cuyo asesinato te acusaron?

—Sí.

—Y tú te confesaste culpable…

—Efectivamente.

—Pero no le habías matado…

—No, no le había hecho ningún daño.

—Cada vez te entiendo menos, Esther. Aunque hay un primer punto que necesito aclarar: a ti te acusan de haber matado a tu marido. ¿Es que estás casada con Mike Reina?

—No.

—Pues entonces, ¿qué?…

Ella, todavía sin mirarle, dijo con un soplo de voz:

—Mike Reina es mi hermano.

El silencio en torno a ellos se había hecho más espeso, se había hecho casi insoportable. Y resultaba doblemente extraño en una ciudad que sabían llena de pistoleros y rodeada por la muerte. Charlie vigilaba la única ventana, pero por aquel lado no atacaba nadie.

Donovan sentía un sudor helado en la frente.

Recargó el revólver con movimientos maquinales.

Yolanda rompió el silencio para musitar:

—Sí, Mike Reina es mi hermano, pero en determinados momentos pasaba por mí marido. Habitábamos la misma casa y simulábamos hacer vida en común. Él entonces usaba otro nombre, claro, y también se maquillaba un poco, usando bigote y gafas

gruesas. Para justificar sus ausencias, durante las cuales daba sus golpes, decía que era viajante de comercio. Yo misma lo creía. Estuve al margen de sus verdaderas actividades hasta hace muy poco tiempo.

—¿Nunca sospechaste cómo se ganaba la vida?

—No, nunca.

—¿Y nadie en la ciudad le reconoció? Con la cara de Mike Reina circulan bastantes pasquines.

—Tú tampoco le hubieras reconocido. Tenía un aspecto de hombre pacífico que resultaba asombroso. Siempre iba con una cartera llena de papelotes, y a veces incluso fingía cojear.

—Voy entendiendo. ¿Pero qué necesidad tenía de «morir»?

—El juego estaba durando demasiado tiempo y resultaba peligroso —continuó explicando Esther con voz ahogada—. Hubo un momento en que empezó a despertar sospechas, y entonces decidió desaparecer… para siempre.

—Explícate mejor. No acabo de entenderlo.

—Todo lo que ganaba como Mike Reina lo depositaba en un Banco de nuestra ciudad, al nombre falso que había adoptado cuando fingió ser mi marido. De ese modo el producto de sus robos no podía encontrarlo nadie. La pista resultaba demasiado difícil de seguir.

—Hasta aquí me doy perfecta cuenta. Sigue.

—Él me explicaba que necesitaba fingir ser mi marido porque le perseguía una mujer a la que había engañado y que quería casarse con él. Como siempre había tenido líos con mujeres le creí, aunque le dije que su conducta era innoble. Me pidió por favor que siguiéramos con la comedia una breve temporada. Sólo unos meses. Pero como aquella mujer no apareció nunca por la ciudad, yo empecé a sospechar que no existía.

—¿Y qué sospechaste más?

—Que no se ganaba la vida haciendo de representante comercial, por supuesto. Sobre todo cuando supe que su cuenta bancaria alcanzaba la cifra de medio millón. Entonces quedé aterrorizada. Bruscamente lo comprendí todo y fue como si el mundo entero se hundiese bajo mis pies.

—¿Cómo se justificó?

—No podía justificarse de ninguna manera, y me contó la

verdad. Yo estaba tan asqueada que no me hubiera importado morir. Pero entonces me propuso un plan para romper con su vida anterior, jurándome que a partir de entonces no volvería a ser el mismo.

—¿Le pidió que fingiera matarle?

—Exacto. Así podría desaparecer sin despertar sospechas. Entre los dos quemamos un cadáver que se parecía mucho a él, y al que una vez abrasado podrían confundir. Me dijo que aquel hombre había muerto a causa de un accidente, pero más tarde comprendí que tenía que haberlo matado él. En fin, hice lo que me pidió con tal de que cambiase de vida. Y yo misma me declaré culpable.

—¿Pero te dabas cuenta de que con eso ibas a la horca?

—Él me dijo que me salvaría, que lo tenía todo resuelto. Y yo estaba tan ciega, o quizá tan desesperada, que le creí.

—¿Y el dinero? ¿Qué pasaba con él? ¿No eras tú su heredera?

—No, claro que no. Quedaba desheredada desde el momento en que era su propia asesina. La persona que debía quedárselo todo era un desconocido. Un hombre llamado Lou Peters.

—¿Lou Peters?…

—Supongo que si reflexionas un minuto te darás cuenta de la sencilla verdad. Lou Peters es otra de las falsas personalidades de mí propio hermano. Durante sus ausencias se presentaba a veces en Dallas con ese nombre. En la capital de Texas tiene alquilado un lujoso despacho con un rótulo de bronce: «Lou Peters, importaciones y exportaciones». También tenía una buena cuenta corriente y una fama de hombre intachable. Todo eso lo necesitaba para el día en que cobrase la herencia. Su propia herencia, por supuesto. El botín de Mike Reina. ¿Quién podría discutirle un dinero que parecía obtenido tan honradamente? ¿Quién sería capaz de seguirle la pista?

Donovan cabeceó lentamente.

En efecto, lo comprendía muy bien.

Ahora se daba cuenta de todo el diabólico plan por medio del cual Mike Reina había asegurado no sólo su dinero, sino también su «retirada», engañando a una mujer inocente que aún creía en él. Enviándola a la horca.

Sus dientes rechinaron.

Tuvo que hacer un violento esfuerzo para que su voz sonase

normal al preguntar:

—Pero tú, ¿por qué no lo denunciaste todo?

—¿Y quién iba a creerme? Había aparecido un cadáver que fue identificado como el de mí marido sin que yo dijese entonces nada en contra. Había confesado mi crimen. ¿Cómo más tarde podía negarlo? Era inútil. Me hubiesen creído caso de presentar yo a mí hermano ante el tribunal diciendo: «¿Se dan cuenta? Es el mismo hombre que fingía ser mi marido. No ha muerto». Pero ¿cómo iba a presentar yo a Mike Reina? ¿Cómo iba a dar con él? Supe que era inútil luchar y me resigné a mí suerte. Además, te juro que estaba asqueada de vivir. Después de lo que había sucedido, la muerte era una especie de liberación para mí. No me importaba subir al patíbulo.

—Y a pesar de todo le has salvado la vida…

—Sí, Donovan. Ha sido un gesto instintivo. En aquel momento no he pensado en nada. Sólo he sentido la llamada de la sangre. Me he dado cuenta de que él iba a morir y… y…

No pudo continuar.

Las lágrimas resbalaban con sus ojos.

Donovan se dio cuenta de que en la voz de la muchacha había una dolorosa, una patética sinceridad.

Sus manos poderosas se cerraron sobre sus hombros frágiles. Sobre aquellos hombros que temblaban.

Y él tampoco pensó en nada en ese momento.

Él sintió únicamente la voz de la sangre.

La extraña llamada de la pasión y del deseo.

Sus labios se cerraron sobre los labios de la mujer.

Los sellaron con un beso que era como una despedida, porque los dos sabían que iban a morir.

Fue en ese momento cuando Charlie, que continuaba junto a la ventana, masculló:

—Si es que vais a haceros el amor daos prisa, amigos, porque… ¡porque ya están aquí! ¡Ya llegan!

CAPÍTULO XV

En efecto, los pistoleros de Mike Reina se habían lanzado al ataque de golpe, tras concentrarse en las inmediaciones de la casa. Eran una poderosa fuerza, una fuerza casi irresistible, teniendo en cuenta que enfrente sólo había dos enemigos. Charlie, parapetado tras la ventana, hizo fuego.

¡Baaaang!

La bala pareció rascar el aire antes de encontrar a su víctima. Uno de los pistoleros, que acababa de saltar del porche, se detuvo en seco, echó la cabeza hacia atrás y cayó.

Los otros siguieron su avance, cruzando la calle a toda velocidad.

Donovan había saltado también.

Y él abrió la puerta de repente, disparando desde un flanco de ésta. Ninguno de sus enemigos esperaba que las balas llegaran por allí. Dos de ellos también se detuvieron en seco y cayeron de bruces, mientras los que venían detrás se detenían un momento para disparar.

¡Craaak! ¡Baaang!

Otras dos balas arañaron el aire. Charlie había combinado sus disparos con los de Donovan. Los pistoleros que se habían detenido para hacer fuego se quedaron quietos para siempre. Soltaron sus armas y cayeron sobre los que habían muerto unos segundos antes.

Otro de los forajidos estaba llegando ya a la ventana. Se dispuso a saltar.

Y la bala que llegó por detrás le perforó la nuca. Aquel tipo murió sin saber quién le había liquidado. Nunca llegó a saber que el *sheriff* Osorio había salido de su escondite y estaba repartiendo plomo desde lo alto de uno de los tejados.

Los asaltantes tuvieron un momento de pánico. No entendían aquello. El hecho de que les atacaran por detrás les desconcertó.

Donovan y Charlie dispararon de nuevo.

No fallaban ni una bala. Los hombres de Mike Reina estaban demasiado apelotonados.

Aquello era una carnicería.

Mike Reina saltó hacia la ventana, fuera de sí. Una bala le arrancó cabellos de la cabeza.

—¡Cobardes! ¡Adelante, malditos! ¡Son dos hombres solos!…

Un pistolero intentó seguirle.

Osorio disparó de nuevo.

Y el pistolero sintió un brutal choque en la nuca, mientras caía de bruces lanzando un gemido.

Ahora Donovan abrió la puerta otra vez.

Había pasado al ataque.

Daba la sensación de que nada podría detenerlo.

Un pistolero cruzaba la calle en diagonal, intentando buscar una buena posición de tiro. La posición de tiro no la encontró, pero en cambio sí que encontró una bala. Dio dos vueltas, como una peonza, mientras lanzaba un grito de dolor.

Charlie hizo fuego también.

El hombre que estaba a la derecha de Mike Reina cayó fulminado por el plomo.

Otros dos huyeron.

Donovan y Charlie se los repartieron, uno el de la derecha y otro el de la izquierda.

Los disparos les hicieron rebrincar en el aire.

Y entonces, solamente entonces. Mike Reina se dio cuenta de que estaba solo. Espantosamente solo. Un espasmo nervioso le recorrió, mientras su frente e llenaba de gotitas de sudor. El revólver resbaló de entre sus dedos.

Dirigió en torno suyo una mirada de loco.

Pero ya no podía huir.

Enfrente de él estaban aquellos ojos metálicos.

Aquel ojo de acero del revólver.

Aquella voz lenta que parecía el himno de su propio funeral.

—Yo voy a guardar el «Colt», Mike Reina, o como infiernos te llames. Puedes recoger el tuyo o el de uno de los muertos. No me

importa. Y en cuanto lo tengas… ¡Defiéndete! ¡Pelea cara a cara si sabes! ¡Trata de salvar tu sucia piel de hiena!…

CAPÍTULO XVI

Las gotas de sudor resbalaban ya hasta las comisuras de la boca le Mike Reina.

Su mandíbula temblaba.

Con un soplo de voz balbució:

—No lo harás, Donovan. Si me matas, mi hermana no te lo perdonará nunca.

—¿Tu hermana? ¿Es que acaso la conoces, bastardo? ¿Acaso no la enviaste tú a la horca?

—Reconozco que fue una trampa. Ella no mató a nadie… Todo fue una combinación… Un engaño para que yo pudiera escapar con el dinero, y del cual ella resultó víctima… ¡Pero ése es un asunto entre los dos! ¡Tú no tienes que disparar! ¡Nooo!…

Estaba aterrorizado.

O al menos lo fingía muy bien.

Logró que Donovan se confiase, dejando caer con excesiva tranquilidad el revólver en la funda. Y entonces Mike Reina se arrojó materialmente al suelo. Se dejó caer con un ansia frenética, apoderándose del revólver de uno de los muertos.

Donovan estuvo a punto de ser atrapado por sorpresa.

Vio brillar el «Colt» en la derecha de su enemigo cuando él aún no había llegado a rozar la culata. Saltó hacia atrás.

La bala le produjo un leve rasguño en la mejilla, pasó por encima del pabellón de la oreja y se hundió en el techo del porche. Un cuarto de pulgada más a un lado y le hubiese volado la cabeza.

Donovan disparó desde la cadera, sin llegar a desenfundar el «Colt».

Disparó dos veces. Tres veces. Cuatro veces…

A cada nuevo impacto, Mike Reina temblaba espasmódicamente.

Ya no pudo apretar el gatillo más.

Sus ojos desencajados miraban al vacío.

Y por su rostro resbalaban unos hilos de sangre…

Donovan dejó caer nuevamente el «Colt» en funda.

Sentía una especie de vértigo.

Vio, como si fuera en un sueño, la figura de Esther que salía de la casa.

Las manos de la muchacha temblaban.

Y temblando cerraron los ojos del muerto.

Para siempre…

Luego se incorporó, giró sin fuerzas y cayó llorando en los brazos de Donovan. También para siempre…

El *sheriff* Osorio descendió del tejado, con el revólver en la mano.

Aquélla iba a ser una noche grande para él, qué demonios.

No sólo estaba vivo, lo cual ya era de por sí casi un pequeño milagro, dadas las circunstancias. Además había visto caer para siempre a Mike Reina y podía capturar a Donovan. ¡Casi nada! ¡Los dos pistoleros más peligrosos de Kansas eliminados en una sola noche!

Donovan era el último pistolero de Wembley.

Pero lo sería por muy poco tiempo.

Fue a avanzar por el porche, todavía a cierta distancia de Donovan y la muchacha cuando un hombre se cruzó en su camino. Era un hombre alto, elegante, quizá demasiado elegante. Un individuo con aspecto de tahúr de categoría. No le faltaba ni el mazo de cartas sobresaliendo por encima del bolsillo superior de su levita.

—*Sheriff* —dijo Prince—, ¿usted va a detener a Donovan?

—Sí, ¿por qué? ¿Es que usted va a impedírmelo?

—No, pero trato de que usted sea un hombre del Oeste.

—¿Qué clase de hombre del Oeste? ¿Qué cuerno quiere decir?

—Se lo juego a la carta más alta.

El *sheriff* bizqueó.

No era tonto. Se daba cuenta de que aquel tipo era amigo de Donovan.

—Muy bien. Si pierdo no me meto con él. Pero ¿y si gano? Si gano, ¿qué?

—Le presento a otra chica como esa que tiene ahora Donovan en los brazos. Son dos hermanitas, ¿sabe? Dos gemelas.

Los ojos del *sheriff* brillaron.

—Venga la carta.

—Usted elije, amigo.

Tomó un naipe.

—¡Infiernos! ¡Un dos!

Prince tomó otro.

—Un diez. Usted pierde, amigo. Lo siento.

El *sheriff* bizqueó otra vez.

—Conque una hermanita gemela, ¿eh? ¿Trata de que me trague eso? ¡Dos mujeres como la que estoy viendo no existen! ¡Usted me ha engañado! ¡Voy a detener a Donovan de todos modos!

—Oiga, *sheriff*.

—¿Qué?…

—¿No estaba deseando que le engañara? ¿No está deseando olvidarse de que lo ha visto?

—¿Cómo lo ha adivinado? —farfulló Osorio.

—Porque llevo ya muchos años en el Oeste, amigo, y he visto a muchos *sheriffs* como usted. ¿Qué? ¿Hace una partidita más? ¿Quiere ahora jugarse cien dólares?

Mientras tanto Donovan y Esther se alejaban de la calle.

No querían ir a buscar el dinero del ferrocarril, que aguardaba en las bolsas de los dos caballos detenidos a la entrada de la población. ¿Para qué? No querían nada que los convirtiera de nuevo en dos perseguidos. El oro podía quedarse allí. El *sheriff* lo encontraría apenas amaneciese.

Ellos tenían delante toda su vida, toda su Juventud y todo su amor.

Y detrás a Charlie, que estaba dispuesto a seguirles adonde fuesen.

Pensaba que un tipo como Donovan siempre necesitaría a alguien que le engrasase el revólver…

Mientras tanto, Prince estaba teniendo lo que se dice una buena noche.

Ya le había birlado cien dólares al *sheriff*.

—¿Qué? ¿Otra partidita?

Fin